



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

# HUYUSTUS

Tragedia Irrepresentable

Escrito el año 1981

Primera edición electrónica, 2005

\*  
\*  
\*  
\*

Portada: Cerámica, Vaso Sagrado Tiwanakota  
Dibujo: Cnl. Federico Diez de Medina

EDITOR © Rolando Diez de Medina, 2005  
La Paz – Bolivia

## INDICE

[PRIMER TIEMPO](#)  
[SEGUNDO TIEMPO](#)  
[TERCER TIEMPO](#)

Cuenta, narrador, la historia de HUYUSTUS, persona mítica que fue y está volviendo siempre porque encarna la suma sabiduría del intérprete de la naturaleza, de los hombres y los sucesos.

HUYUSTUS, el nunca bien conocido, el muy venerado de tiempos y de dioses, el arquetipo andino que tiene oscuridad de montaña y resplandor de amanecer.

NAYJAMA

## PERSONAJES

Huyustus	El Elegido, Irpa (Sabio consejero del Soberano)
Rey	Jefe de Hombres
Reina	Nakhi-Kara (esposa del Soberano)

## DIGNATARIOS Y CONSEJEROS

Willka	Gral. del Norte
Huanca	Gral. del Sur amigo y confidente del Rey
Sacha-Uma	Sumo Sacerdote
Lakita	Esposa del Gral. Willka
Kollana	Discípulo de Huyustus
Lirpu-Nayra	Discípulo de Huyustus
Pankara	Discípulo de Huyustus
Wayna	Doncel
Samara	Doncella
1° Consejero	
2° Consejero	
3° Consejero	
Samca-Saraña	Casa-Refugio (de Huyustus)

## PRIMER TIEMPO

El coro canta las virtudes del Héroe. Siempre hay uno que se enarca sobre los demás y debe expiar su grandeza en el dolor. Hijo de la naturaleza, padre de los prodigios, reúne a un tiempo la profundidad de la Noche y la belleza del Día. Los dioses le otorgaron la música de las palabras y del don de profecía. Es recto y varonil, sereno y tempestuoso alternativamente. Ignora el miedo y los remordimientos. Junta la osadía con la prudencia. Podría ser Jefe de Hombres y prefiera su libertad. Todos le envidian el porte altivo y la indestructible soberanía de su persona. No se curva ante nadie, no impetra favores, no conoce la intriga. Busca el bien ajeno, apoya toda obra noble. El Imperio descansa en sus leyes, en sus organismos, en sus conductores, y la palabra de HUYUSTUS siempre escuchada. Es el orgullo de la grey andina ¡pero cuidado! El orgullo conduce hacia el abismo.

\* \* \*

El narrador refiere lo acontecido en el País de Altura.

El imperio fue sacudido por un movimiento sísmico de proporciones en una de sus provincias lejanas que se esparcía hacia la costa. La máquina voladora trajo la noticia; era frágil y sólo podía llevar un hombre. ¿Cómo auxiliar a los distantes?

El Jefe de Hombres reunió a sus dignatarios y consejeros. Estudiaron el problema mas no la hallaban solución. La distancia era demasiado grande. La máquina voladora, velocísima, no podía transportar carga. Los otros medios de comunicación resultaban lentos. Cundió el desaliento entre los gobernantes: nada o muy poco se podía hacer y la provincia, una de más ricas y leales, quedaría abandonada por mucho tiempo para vergüenza del imperio.

Cuando la confusión y la tristeza oprimían los corazones, el Jefe de Hombres sentenciaba:

—Llaman a Huyustus; él sabrá aconsejarnos.

Una onda de envidia corrió entre dignatarios y consejeros. ¡Siempre él! ¿Por qué siempre él?

Llegó Huyustus, escuchó a todos, reflexionó unos instantes al cabo de los cuales aconsejó:

—El problema está allí, no podemos solucionarlo aquí. Mándese un dignatario que vea lo ocurrido y en la provincia misma adopte las medidas necesarias para emprender la reconstrucción. Los apoyos de la capital tardarán semanas en llegar.

Miráronse los dignatarios temerosos: nadie quería asumir la responsabilidad de enfrentar el desastre. Viéndolos indecisos, Huyustus exclamó:

—Iré yo.

Siguiendo el relato dice el narrador que Huyustus reorganizó tan bien las cosas, que cuando llegaron las ayudas del gobierno, la mitad de la ciudad estaba ya reconstruída.

Llovieron las críticas: nadie tiene el derecho de sobrepasar los límites normales del quehacer administrativo: un desastre sísmico en la región costera demandaba muchas lunas de fatiga: ¿por qué el privilegiado pudo arreglarlo todo en pocas semanas? “Es un brujo” —aventuró alguno. Otro: “Los dioses lo protegen.” “Seguro que la catástrofe sería reducida” —alegó un tercero.” Pero los informes posteriores verificaron que el desastre había sido de magnitud y que sólo la mente rápida y la mano enérgica de Huyustus pudieron afrontarlo con éxito.

El Jefe de Hombres tributó homenaje a Huyustus a su retorno a la ciudad. Este agradeció la actitud del gobernante y pidió permiso para volver a recluirse en su finca donde rodeado de compañeros fieles estudiaba los movimientos del cielo y de la tierra.

Los cortesanos respiraron: el muy sapiente se alejaba por propia voluntad de la corte: no tendría más influencia en ella ni en el país.

El primer consejero dijo al segundo consejero:

—El Jefe de Hombres lo prefiere a nosotros.

—Es justo —repuso el aludido — encuentra los caminos que nosotros no atinamos a encontrar.

Otros dignatarios urdían intrigas para alejarlo del soberano. Intrigas innecesarias porque Huyustus se apartaba de la corte voluntariamente. A pesar de su retiro no se le quería porque toda vez que ocurría algo importante o novedoso el Jefe de Hombres recurría al alejado.

En su retiro de Samca-Saraña, el Elegido transcurría solitario alternando sus horas de soledad con las visitas de sus discípulos entre los cuales distinguía a Kollana, Lirpu-Nayra y Pankara. La casa, amplia, de líneas severas poseía habitaciones espaciosas sobriamente decoradas. Ni lujo ni ostentación. Nada delataba poderío ni riqueza. Era una mansión de paz rodeada de jardines donde árboles, plantas, flores y musgo crecían libremente, lejos de todo artificio.

Vestía siempre de blanco con un cinturón de color rubíneo, calzaba ajorcas de piel de vicuña, y un solideo cuadrado ceñía la hermosa testa varonil aumentando su estatura. El andar reposado, los movimientos llenos de majestad. Al caminar callaba y las pláticas le placían en torno al vertedero goteante junto a la corpulenta acacia. Sentábanse todos en la hierba, y Huyustus en un solio de piedra que jamás se supo quién había colocado allí.

Esa mañana de clima templado los discípulos pidieron les fuera explicado por qué las horas se dividen en días y noches, el cambio de las Estaciones, y cómo el mundo se repartió en tierra y aguas.

Huyustus replicó que se trataba de tres graves problemas: tratarían sólo del primero. Habló largo rato explicando la alternación del reino de la luz con el reino de la sombra. Kollana y Pankara se dieron por satisfechos, pero Lirpa-Nayra, más escéptico seguía argumentando para conocer últimas razones sobre el tema. Entonces el Elegido repuso:

—Mirad al Astro de Fuego: de allí vienen día y noche. El gira, nosotros giramos y es ese cambio de posiciones el que determina trabajo y descanso. El gran Poder Lejano rige la marcha del mundo y de sus criaturas.

La doncella Samara los atendía silenciosa.

Al caer la tarde maestro y discípulo se reunían en torno a la hoguera vespertina y las pláticas transcurrían alternadas con mates de una infusión misteriosa que sólo conocía Huyustus y que les otorgaba, súbitamente, un raro poder de comprensión como si el líquido les abriera la inteligencia y aguzara su sensibilidad.

En la corte el tercer consejero intrigaba para sobresalir por encima de sus dos colegas. El Jefe de Hombres lo escuchaba en silencio adivinando su mala fe. Lo despidió sin revelar su pensamiento. Luego enfrentó a los dos Generales: el que mandaba el ejército del Norte y el que dirigirá al ejército del Sur. Halló las mismas divergencias que entre los Consejeros: nadie acordaba con nadie. Sacha-Uma, el Sacerdote, aconsejaba una cosa y Nakhi-Kara, la mujer del soberano sugería otra distinta.

Cansado de las intrigas de los áulicos que envolvían a su propia familia, el Jefe de Hombres mandó comparecer a Huyustus. Le explicó su fatiga física, su cansancio moral frente a las intrigas y decepciones de la Corte, agravadas con las quejas de las provincias lejanas, en cada

una de las cuales, a su vez existía un hervidero de pasiones; debía cargar con ese flujo ininterrumpido de pequeños y grandes conflictos, lo que lo traía molesto en grado extremo.

—Señor: guías el imperio varios años sin reposo. Necesitas descanso. Vete al mar con otras gentes de tu séquito, aléjate de las más próximas. Durante dos lunas hallarás sosiego y felicidad. Líbrate temporalmente del gobierno.

—Quedarás en mi lugar —dijo el Jefe de Hombres.

Huyustus contestó:

—No sé mandar; sólo me agrada esclarecer los enigmas, ayudar a quienes quieren saber. Designa al Sacerdote, que es ducho en manejos cortesanos el mando tu ausencia.

El soberano partió hacia la costa con corto séquito: no iban en él ni su consorte ni los altos dignatarios, sino otros de inferior categoría. Y Sacha-Uma quedó en reemplazo del Jefe de Hombres.

Huyustus regresó a su retiro en Samca-Saraña donde prosiguió a dirigir las tareas agrícolas y reanudó las pláticas con sus discípulos y las pocas gentes que admitía en su redor. Era el tiempo feliz de la primera sabiduría, cuando su fama no hacía mucha sombra todavía y eso significaba independencia y paz en su retiro agreste.

La doncella Samara sentía afecto y admiración por Huyustus; la impresionaban su porte, la nobleza de su rostro, su voz musical, la majestad de sus ademanes. Pero cuando las pláticas se prolongaban, se enojaba secretamente contra el Elegido cuya elocuencia la privaba de hablar con Kollana, el cual, en plena adolescencia, creía varonil rechazar o fingir que rechazaba a Samara. El doncel Wayna, a su vez, amaba a la doncella sin ser correspondido. Y Lakita, la mujer de Willka, el general del Norte, aprovechando las largas ausencias del militar, válida de sus encantos femeninos, pretendía quebrar la castidad del Elegido visitándolo en su retiro. La cortesía mandaba recibir a la alta dama y Huyustus la acogía con distante finura de trato. Lakita desesperaba: a los pocos instantes de encontrar al Elegido, sin saber cómo, siempre aparecía misteriosamente uno de los discípulo o Samara ante los cuales no se atrevía a desplegar sus artes de encantamiento.

Huanca, el general del Sur, tiernamente amado por su mujer y padre de tres vástagos podría considerarse un hombre feliz, tenía hogar, poder, riqueza. Mas la ambición le quemaba la sangre: pretendía desplazar la influencia de Sacha-Uma y de Willka en el soberano; y aun aspiraba a separarlo de Huyustus, ser él solo, Huanca, el amigo, ex-confidente y consejero del Jefe de Hombres. Mientras no fuese así seguiría tejiendo su red de intrigas para desplazar a sus rivales. El Jefe de Hombres carecía de descendencia y según la ley del Imperio podía designar al sucesor de entre sus íntimos: ¿quién mejor que Huanca para sucederle? El general del Sur perdía el sueño lacerado por su ambición: ser primero sobre todos.

Duro era el combate: las fuerzas invasoras de los karis acosaban a las huestes del Imperio en el perímetro fronterizo. Tres días y tres noches la batalla seguía indecisa: honderos, porristas y lanceros de ambos ejércitos combatían sin ceder en bravura ni en resistencia. La noche, sagrada, obligaba a aminorar la batalla hasta que volviera Willka, el Padre Sol; y esa tercera noche el Jefe de Hombres pidió consejo a Huyustus.

El Elegido se hizo explicar todo lo acontecido en los tres días de lucha, conoció las posiciones de ambos ejércitos, y luego sentenció:

—Divide en tres partes tus huestes. Mañana lanzarás a una de ellas a la pelea frontal; otra hará un largo rodeo para sorprender por la espalda al enemigo; y la tercera, de reserva, la emplearás cuando los karis, desconcertados, se vean sorprendidos por detrás y deban afrontar el tercer ataque por un flanco.

El soberano vacilaba:

—La primera hueste será destruída porque los karis son muy numerosos y se lanzan, todos, al ataque frontal.

El Elegido repuso con tristeza:

—No hay victoria sin sacrificio: unos perecerán para salvar al Imperio.

Se aplicó el plan de Huyustus y el ejército kari fue totalmente destruido. Toda una luna duraron los comentarios en la Corte. Los dos generales, furiosos porque se les arrebató la conducción de la victoria, rajaban abiertamente contra Huyustus; para Willka era un impostor que acertó por casualidad; para Huanca un afortunado.

En la corte Nakhi-Kara, la mujer del soberano tenía celos del Elegido; antes sólo a ella escuchaba el Jefe de Hombres pero desde que conoció a Huyustus su predilección volcó al solitario. Nakhi-Kara soñaba desplazar al Elegido y recuperar la influencia perdida.

Lakita, mujer de Huanca, espléndida hembra, pretendía conquistar al Jefe de Hombres pero no dejaba traslucir su perfidia: lo hacía sutilmente, cautelosamente y odiaba a Huyustus que advirtiendo sus manejos de dijera cierta vez:

—No juegues con fuego.

Samara, la doncella, perseguida por el doncel Wayna a quien no correspondía amaba en silencio a Huyustus, mas lo veía rara vez y no se atrevía a confesar su amor.

Sacha-Uma, el Sacerdote también detestaba al solitario escondiendo celosamente su envidia. Fue el gran augur del soberano hasta la llegada del Elegido.

Los tres Consejeros acallaban sus recíprocos recelos para unirse en el resentimiento contra el solitario.

Pero éste vivía tranquilo lejos de las intrigas cortesanas, asistiendo al palacio sólo cuando su presencia era requerida por el Jefe de Hombres. Lirpu-Nayra, Kollana, Pankara, leales al maestro, solazaban sus días con su compañía y sus ansiosas interrogaciones que el Elegido absolvía complacido.

Era el tiempo de la placidez... Las guerras cortas y pasajeras. El pueblo feliz, el Imperio sólido.

Quiso saber Pankara cual era la edad del Elegido. Y le fue contestado:

—¿Qué importan las lunas transcurridas en la edad del hombre? Déjalas pasar, no las cuentes. Juventud y madurez se tocan y el tiempo del declinar se manifiesta evidente dando testimonio de sus flaquezas. Preguntar al tiempo es padecer inquietud.

Insistió Kollana:

—Pero tu, maestro, te sientes joven o viejo?

Le fue respondido:

—¿Qué es vejez, qué es juventud? Cada cual tiene la edad de su actividad. No pregunto si transcurro en juventud, no pregunto si se aproxima la vejez; sólo sé que hace muchos años mantengo salud y actividad sin pausa, aunque ésta sea remansada.

Y Lirpu-Nayra añadía:

—Los dioses te bendigan, maestro porque esparces quietud, confianza, amor. Lo que temo es que algún día puedas faltarnos...

Le fue contestado:

—Nada perece. El ser visible caduca mas el ser espiritual persista. Recordarlo es revivirlo. El amor fiel, el encuentro de las almas no se extingue: renace formas nuevas aunque ignoradas. Tranquilízate: llegará la hora de la separación, más también el tiempo del reencuentro.

Cierto día arribó a Samca-Saraña el 2° Consejero del soberano. Hizo una confusa explicación y pedía ser orientado en un problema de la Corte. Huyustus adivinó la intriga: se trataba, con su repuesta, de enredarlo en los trajines palaciegos. Se negó a contestar. Ordenó severamente al Consejero que se retirara porque sólo debía acatamiento al Jefe de Hombres.

El 2° Consejero regresó despechado y explicó a sus otros dos colegas que no pudo mezclar en la intriga al Elegido porque el muy astuto sorprendió la intención. Creció con ello la animadversión de los tres Consejeros: no quería alternar con ellos, guardaba su ciencia y su penetración para sí y para sus discípulos.

Samara andaba triste. Lo advirtió el solitario sin sospechar el amor de la doncella. Pensó que tal vez sería por Wayna.

—Muchacha, entras a la edad núbil. Necesitas compañía. Te admití en mi refugio porque eres mi sobrina y deseaba formarte en pureza espiritual, pero la inquietud melancólica es signo de final de adolescencia: despunta ya la juventud en tus años. Tendrás que volver con tus padres.

La joven se angustió:

—¿Quién te cuidará?

Huyustus sonrió benévolo:

—No necesito cuidados. Sé limpiar mi estancia, preparar mis comidas, arreglar mis túnicas y lavar la ropa. Ocupando el cuerpo andará mejor mi alma.

Samara fué despedida. Partió con gran dolor sin atreverse a confesar su amor. Podría volver por un día con la luna nueva y nada más. La desdeñada no quiso confiar su cuita a nadie. Su familia juzgó que el Elegido no quería tener tentación de mujer junta a sí. Había que respetarlo; Samara bulliciosa, inquieta, tal vez turbaba el sosiego del Elegido.

Lakita, mujer de Willka, quería conquistar al Jefe de Hombres. Delante de otros escondía celosamente su propósito pero cuando estaban solos ella entreabría mañosamente la túnica y dejaba entrever la pierna soberbia El soberano resistía, resistía, mas era tan espléndida la hembra...

El segundo consejero asediaba a su vez la Lakita sin ser correspondido. Esto lo indujo a vigilar a la desdeñosa hasta que llegó a sorprender su secreto por miradas fugaces. Ardió de cólera, disimuló su despecho y sembró en el corazón de Nakhi-Kara la duda sobre el proceder de Lakita. Ni el soberano ni la tentadora se dieron cuenta de estar observados.

Lentamente la sierpe del seseo avanzó en la voluntad del Jefe de Hombres quien consultó con Sacha-Uma, el Sumo Sacerdote, cómo conjurar el peligro. Este, corrompido por las intrigas y blanduras de la corte aconsejó: "Tómala, nadie debe resistir a tu capricho." A pesar de su grande poder el soberano tenía un fondo de rectitud, no se decidía a seguir el consejo. Fuése a visitar a Huyustus, lo encontró en Samca-Saraña rodeado por los discípulos y se admiró de ver el clima de paz que reinaba en el retiro del solitario.

Expuesto el caso fue rápidamente censurado: el varón primero, el más alto, no podía engañar a su general mientras éste combatía en la frontera. Además debía respetar a su cónyuge. “Si necesitas otra mujer —aconséjole— tómala como la ley manda entre las doncellas del reino, no toques ajeno.” Cuando el Jefe de Hombres expuso la intensidad de su deseo, fuéle dicho: “Apártala de la corte: tu honor vale más que tu deseo.”

Lakita fue enviada a una provincia y enterada del consejo recibido concibió un odio profundo por el Elegido jurando vengarse.

El primer consejero dijo al tercero:

—Es demasiado poder el de este hombre: se atreve a oponerse a los designios de nuestro Señor.

Y ambos aunque desconfiaban del segundo consejero, demasiado ambiciosos decidieron buscar su concurso para quebrar en el ánimo del Jefe de Hombres la confianza en el solitario.

Buscaron a Sacha-Uma y le solicitaron ayuda para alejar a Huyustus del soberano. El Sumo Sacerdote sentenció que la mucha frecuentación los debilitaba a ellos, en tanto que dado su alejamiento y sus espaciados encuentros el Elegido tenía el prestigio de la lejanía. Sugirió pretextos para alejarse de la corte, no todos, sino alternadamente uno y otros. Pero los favores cortesanos no les permitieron persistir en su empeño; a poco de distanciarse ya se angustiaba por volver al Palacio. El soberano ni se dio cuenta del breve exilio forzado.

¿Por qué su prestigio aumenta en tanto el nuestro declina? — se preguntaban los cuidados. También Sacha-Uma advertía que toda su ciencia de los presagios poco influía en el ánimo del Rey, y a pesar de su astucia y su experiencia no llegaba a penetrar la amistad del Jefe de Hombres por el Elegido.

Huanca desconfiaba de los demás trabajaba por sí solo. Se esforzó por adivinar los deseos del Rey y complacerlos. Le hablaba mal de los consejeros y jamás mencionaba a Willka. Torcidamente siempre decía “sí” por lo cual fue ganando cierta confianza del soberano.

Nakhi-Kara, advirtió el desvío del soberano, consultó a Sacha-Uma cómo podría recuperar su amor. “Rodéate de bellas doncellas —díjole éste— así entre tantas no podrá escoger a ninguna.” Pero el consejo resultó malo porque el Jefe de Hombres no quiso introducir a Palacio tantas beldades sino las tres ya conocidas que no eran ciertamente, ni tan jóvenes ni tan hermosas. Siguiendo la recomendación del Huyustus hizo traer de la provincia una joven con la cual se regocijaba las horas libres sin exhibirse, como lo prescribía el ceremonial palaciego.

El tercer Consejero sugería al Rey:

¿Por qué no llamas a tu lado a uno de los discípulos del Maestro? No es justo que él acapare a tres sustrayéndolos a tu dominio. Podría ser buenos guerreros, hábiles políticos, y hasta camaradas en vida.

Siguió el consejo del Jefe de Hombres e hizo traer a su presencia a Kollana. Vistiólo de lujosas túnicas, convidólo a succulentas cenas, improvisó para él bailes y diversiones, llevólo de caza, le ofreció lindas doncellas. El muchacho, respetuoso, acataba las órdenes del soberano mas no se abría: callado, obedecía sin entregarse. Hasta que fue preguntado:

—¿Qué te pasa? Te doy todo, te hago mi favorito y no pareces contento. Habla.

—Señor — repuso Kollana — no estoy habituado a tanto esplendor. Huyustus nos enseña libertad, sosiego, entrega a la divina naturaleza que supera al encanto de todos los palacios.

El gusanillo de la envidia mordía al soberano.

—¿Cómo puedes comparar la pompa y seducciones de mi corte con la soledad del retiro del Maestro? Aquí el eco de las batallas la caza, los planes políticos, grandes festines y fiestas, las ceremonias agrarias, los ritos guerreros, y hermosas doncellas, atrevidos jóvenes, desfiles y las procesiones rituales. Cada día una novedad, cada hora otra sensación. ¿Cómo cambiar la quietud de Samca-Saraña por el esplendor de mi corte?

Fuéle contestado:

—El Elegido no nos enseña a vivir en tumulto sino en quietud. No queremos ser ricos ni poderosos, sólo castos y virtuosos.

El Jefe de Hombres se impacientaba. No podía ganar la adhesión del doncel. “Haremos traer al Solitario y a tus amigos — propuso conciliador.” La respuesta fue inmediata: “Señor: los matarías, no pueden vivir en la corte.” La nobleza del Rey se impuso a su capricho. “Está bien —dijo— te devolveré a los tuyos. Yo quería tener un amigo.” Kollana lo miró con tristeza: “Sólo te basta escoger, puedes tener muchos.”

El soberano quedó meditativo. ¿Qué poder tenía el Elegido para ganarse corazones sustrayéndolos a los goces del mundo? Y no pudo descubrir que los que viven en profundidad no son atraídos por el placentero rodar de una vida en extensión.

Enfurecida en su destierro provinciano Lakita intrigaba a más y mejor. Enviaba misivas a los cortesanos más destacados, en particular a Sacha-Uma y a los tres Consejeros, adulaba a la Reina y se presentaba como su más leal servidora. Willka, entretanto, dolido por el destierro de la cónyuge, se quejó al Jefe de Hombres: ¿por qué la había alejado si era el encanto de la corte? “Era muy inquieta — contestó el Rey — he salvado tu honor.” El intrépido guerrero no comprendió cuánta verdad había en estas palabras.

Pankara, solícito, interrogaba a Huyustus:

—Maestro, te advierto melancólico. Tu hablar es más lento como si meditaras lo que vas a decir. Tus ojos se velan de tristeza. Algo te oprime el espíritu.

El Elegido contestó gravemente:

—Dices bien, estoy afligido. Noticias me llegan de la corte nada tranquilizadoras. El reino extendió sus fronteras, ya de suyo delatadas, y parece que por rivalizar en sus conquistas, Willka y Huanca pretenden arriesgarse en nuevas invasiones a territorios ajenos. El pueblo no está contento del mucho guerrear y la escasez de alimentos, pues debemos mantener también a los pueblos conquistados.

—¿Por qué no vas a reflexionar al Rey? — terció Lirpu-Nayra.

—Nunca fui a la corte sin ser llamado.

—Esta vez el caso lo justifica —acotó Kollana que acababa de regresar de su malaventurada experiencia palaciega. El soberano guarda respecto y admiración por ti.

—Porque no lo importuno. Si me convirtiera en oficioso consejero no tardaría en aburrirlo. Esperemos que me llame. Le diré, como siempre, la verdad, haré notar los peligros mas bien sabéis que no la prudencia de las palabras sino el poder de los instintos rige los imperios.

La vida transcurría plácida y lenta en el remanso de Samca-Saraña. Pero el Elegido seguía acosado por la duda: ¿debía o no debía prevenir al Jefe de Hombres? Después de mucho meditar se decidió a partir; sólo lo acompañaba Pankara.

Prodújose un revuelo en la corte: ¿a qué vendría Huyustus?

Anunciado al soberano, éste no disimuló su sorpresa:

—No lo he llamado

Pero dados el afecto y el respeto que le merecía el personaje no tardó en recibirlo.

Huyustus expuso sus informaciones y sus temores: la codicia territorial podía causar la ruina del imperio. La rivalidad entre Willka y Huanca desembocaría en funestas consecuencias. Avisó al monarca de disturbios aislados que le ocultaron los funcionarios que lo rodeaban. Habló del hambre del pueblo y del descontento que cundía en forma subterránea.

El Jefe de Hombres se alarmó:

—¿Por qué me ocultan la verdad?

—Porque la verdad no interesa a los de arriba; sólo disfrutar de los goces del poder.

—Huyustus: ¿qué aconsejas?

—Lleva los dos generales a otras zonas, lejos de la frontera que los tienta. Pon en lugar suyo a nuevos jefes, más jóvenes, todavía no tentados por la ambición.

Hízolo así el soberano, se alejó el peligro de la guerra, pero El Elegido se había labrado dos nuevos enemigos.

El Primer Consejero urdía una intriga contra el solitario, de común acuerdo con el Tercer Consejero: prescindían del Segundo Consejero que no se doblegaba sus maniobras. La intriga consistía en sembrar la duda en el ánimo del Jefe de Hombres haciendo circular el rumor de que Huyustus se habría jactado — lo que no era cierto — de poder torcer la voluntad del monarca. Llegó a oídos de éste la noticia más no le dio crédito: El Elegido era recto, incapaz de quebrar la lealtad debida al Jefe de Hombres. Los conspiradores fueron severamente reprimidos y por ello acreció su odio contra el solitario.

Comunicaron con Lakita para urdir nuevas intrigas. Nakhi-Kara, a su vez, herida por el desvío del monarca, buscó el apoyo del Segundo Consejero.

—Puedo ayudarte —dijo éste— siempre que no sea contra mi Señor.

La mujer del Jefe de Hombres aseguraba:

—“Nada contra él, sino contra el poder lejano que suele visitarlo. El le ha recomendado la castidad y me tiene abandonada. El Segundo Consejero recomendó cambiar las maduras mujeres de la corte por tentadoras doncellas para despertar la virilidad del monarca. “Además tu —díjole— eres todavía joven y hermosa, vístete en modo más atrayente, enciende la atención de los hombres, el Jefe de Hombres volverá a fijarse en ti”.

Hízolo así Nakhi-Kara y no tardó en advertir la reacción de los dignatarios: guardando la costumbre la trataban con todo respeto, no se atrevían a mirarla de frente pero al soslayo ella adivinaba las miradas frecuentes al hermoso cuerpo que poco encubría el ligero atuendo. No era tonto el Jefe de Hombres y pronto reparó en la proximidad de las doncellas y en los esfuerzos de la cónyuge por atraer su atención. Le agradó que todos la admirasen y él mismo se sorprendió al comprobar que Nakhi-Kara seguía siendo una hembra soberbia. Después de un tiempo comenzaron a molestarle el interés que su consorte despertaba en los dignatarios, así como las palabras veladas que captaba en el rumor cortesano: la reina estaba cambiada, quería ganar la atención de todos.

Un día durante una danza ritual en el Palacio, el Jefe de Hombres advirtió que todas las miradas de los más próximos convergían a la Reina. Ella estaba sentada a su lado; abierto el

pliegue de la túnica, dejaba ver, ostensiblemente, la fina pierna y el muslo opulento. Despertó el antiguo amor en el monarca: para él, sólo para debían ser los encantos de Nakhi-Kara.

—Arréglate la túnica — díjole severamente— es malo exhibirse en es forma.

Avergonzada pero feliz de haber despertado sus celos la consorte real obedeció de prisa.

Esa noche, después de haberse entregado frenéticamente a juegos de amor, el Jefe de Hombres quiso saber quien había sugerido a la cónyuge el cambio radical en sus costumbres. Nakhi-Kara, agradablemente sorprendida temió incurrir en su enojo y conociendo el influjo del Solitario en su marido, no vaciló en calumniarlo:

—Ha sido Huyustus— dijo con astucia femenina.

No quiso creerle el soberano que conocía de sobra la rectitud del Elegido, pero la pequeña semilla de la duda ya estaba sembrada.

Samara, la doncella, rechazaba una vez más los requerimientos del doncel Wayna. Este, que conocía su secreto amor por Huyustus, le reprochó ofendido:

—Tonta eres: él jamás se fijará en ti. Ninguna mujer lo atrae. ¿No ves que es como un Dios? Está por encima de todos, no puede rebajarse a tratar a nadie como igual; hasta el Jefe de Hombres lo admira. Ni Lakita ni Nakhi-Kara pudieron lograr su atención, y lo habrías de conseguir tu, pobre doncella confundida entre centenares de doncellas...

Samara se indignó a su vez:

—Nada te importa a quien ame yo, pero no es a ti.

Wayna fue convirtiendo poco a poco su antigua admiración hacia el Elegido en una sorda y creciente animadversión. ¿Por qué fascinaba a todos y le robaba el amor de Samara?

Tampoco Sacha-Uma andaba contento: veía que perdía ascendiente en el ánimo del monarca. Ni su ciencia adivinatoria ni sus conjuros le hacían mella; cierto que él graduaba sabiamente sus consejos pero la naturaleza no respondía a sus designios y sus palabras no merecían la cálida acogida de antes. Tenía envidia de Huyustus mas como no era capaz de villanía decidió combatirlo con armas leales. Buscó el apoyo del Segundo Consejero y como éste también desconfiaba de la creciente influencia del Elegido en el soberano, resolvieron actuar de consuno para distraer al monarca y retornarlo a su perdida influencia.

Lo indujeron a emprender la caza del Cóndor.

—Es ave sagrada —repuso el Jefe de Hombres— no lo hará.

—Señor, tú eres Hijo del Sol y la Montaña; el universo te pertenece. Si cazas tu sólo, sin ayuda de nadie al Kuntur Mallku, serás más poderoso que los más fuertes, lo matarás y beberás su sangre y hasta y hasta es posible que logres trasladarte por los aires.

Luego de breve discusión, el Jefe Hombres cedió a la insinuación del sacerdote y del consejero.

Fuéronse a la Cordillera. El soberano se alejó de su comitiva y solo, contando únicamente con su fuerza, su destreza y su astucia lograba capturar a un cóndor joven de negro plumaje, gola blanca y ojos encendidos. Lo alimentaba de trecho en trecho y pudo conseguir que lo siguiera jalado, además, por un fuerte cordel.

El Sumo Sacerdote y el Segundo Consejero saltaron de júbilo: ahora podrían recuperar la confianza del monarca y el cóndor les serviría de materia de sus manejos.

Pero súbitamente ocurrieron fenómenos extraños: la peste en el ganado, un deslizamiento de tierras que mató a muchos, una inundación y la escasez de alimentos en la zona central que causaba no menos víctimas.

Alarmóse el Jefe de Hombres e hizo llamar al Solitario.

Cuando éste fue enterado de lo sucedido se limitó a proferir con voz severa:

—Soltad al Kuntur Mallku.

Así se hizo y al punto cesaron las calamidades que afligían al imperio. Acreció la fama del Elegido. Fue invitado a permanecer en la corte como Consejero Mayor Huyustus rehuyó la distinción:

—Pájaro libre soy, Señor —repuso— en tu corte perecería de tristeza.

Respetó el Jefe de Hombres la decisión del Solitario.

Frenando en sus propósitos bélicos, Willka y Huanca que aun conservaban fuertes lazos en los ejércitos intrigaron entre los hombres armados: el soberano les impedía emprender nuevas proezas para evitar que se repartieron el botín de guerra. Y lentamente la codicia fue minando la lealtad de los nuevos generales. No tardó en saber el Jefe de Hombres que se tramaba una seria revuelta contra su poder. Apresó a los revoltosos y para apaciguar el descontento que se esparcía por las tropas tuvo que permitir dos incursiones armadas contra el reino del norte y el reino del sur: ambas fueron rechazadas. Llamó entonces a Huanca y Willka, pero aunque éstos se batieron con coraje sólo pudieron salvar en la retirada los restos de los ejércitos, siéndoles devueltos sus cargos anteriores.

—No habéis querido escuchar los consejos de Huyustus— dijo el Jefe de Hombres. El imperio es muy dilatado, contentémonos con lo que tenemos y a resguardar las fronteras sin codicia de la heredad ajena.

Willka, que en el confinamiento había trabado relaciones con la vengativa Lakita apenas restituido a su antiguo cargo comenzó a tramar su desquite contra el Elegido, principal obstáculo contra su idea de expansión. Y no andaban solos los dos generales porque se les incorporaron el Primer y el Tercer Consejeros, ansiosos, todos, de anular la influencia del Solitario en el soberano.

Hicieron creer al Jefe de Hombres que en las noches no podían dormir porque un poder maléfico los perseguía. “Si llamas a Huyustus —dijeron— él que todo lo sabe nos librará del maligno. Es cosa del Supay y sólo un gran Mago como él puede destruir el hechizo.

El Jefe de Hombres hizo comparecer al Elegido. Este, frente a las presuntas víctimas, les clavó la mirada fijamente, fijamente y a poco (diría después el Tercer Consejero) sintieron como si un dardo de fuego les hiriera la retina. Wayna fue el primero en gritar:

—¡Basta, basta, he mentido! No hay ningún poder maligno.

Pasó lo mismo con los tres restantes.

El Jefe de Hombres, indignado, castigó a los cuatros culpables con dos lunas de prisión pero luego como mandaban los hábitos de la Corte los perdonó restituyéndolos a sus funciones: el castigo es bastante, mandaba la ley, y terminado éste el que delinquiró recuperaba libertad y títulos.

Willka, asustado, dijo a sus cómplices:

—Huyustus es un gran Mago, no debemos conspirar en contra suya: el rayo de su mirar me atravesó el cerebro.

Así, momentáneamente, se frustraron las intrigas de los cortesanos.

Enterado del fracaso de los otros dignatarios, Sacha-Uma, obrando con hipocresía hablaba bien al monarca del Elegido a pesar del odio que sentía en su contra. Luego elogiaba todos los actos del soberano, no lo contradecía en nada, hasta que llegó a fatigarlo con su sumisión.

—No quiero sumisos —díjole el monarca. Vuelve a ser como antes, puedes criticar mis actos.

Despechado el Sumo Sacerdote viajó a visitar a Lakita y por consejo de ella se tramó la nueva conjura. La desterrada sugirió que Willka, mujeriego, tratara de seducir a Nakhi-Kara. “Ella es tonta y vanidosa —refirió— el Jefe de Hombres está atado a ella por el sexo y si logramos que Wayna la domine manejaremos por su mediación al soberano.”

Vuelto a la Corte Sacha-Uma expuso su plan a Willka. Este se resistió al principio pero al recordar los encantos de la reina se sometió: así —contestó— me siento capaz de conquistar a toda mujer aunque sé que en este caso me juego la cabeza.

Inició el asedio de Nakhi-Kara discretamente. Cuando el soberano estaba presente demostraba indiferencia, mas al hallarse solos no dejaba de prodigar halagos a la soberana, la cual sintióse halagada por los elogios del apuesto Willka.

El asunto que al principio comenzó intriga palaciega no tardo con convertirse en pasión en el corazón del guerrero. Nakhi-Kara muy bella y muy femenina no perdía ocasión de tentarlo con exhibiciones relampagueantes de sus hechizos: se bajaba la túnica hasta dejar entrever el nacimiento del seno, mostraba las piernas disimuladamente y al hallarse solos le echaba miradas ardientes. Pronto prendió la pasión en ambos sin que el Jefe de Hombres lo advirtiera. Lentamente el general fue adquiriendo cierto dominio sobre la mujer aunque todavía no la había logrado, y ésta, a su vez, mediante astutos halagos y maniobras pérfidas disimuladas bajo deseos cándidos influía en el ánimo del monarca conforme convenía a los planes de los conjurados.

Aprovechando un corto viaje del Jefe de Hombres, Nakhi-Kara llamó a Willka a un lugar retirado y bruscamente proponía:

—Si eres hombre tómame.

El general se asustó luego, herido en su hombría, y cegado por los encantos de la sirena la gozó ahí mismo, de pie, mientras ella le mordía ansiosamente el labio.

Los amantes escondieron celosamente su secreto. Willka pasaba ante sus amigos como un simple cortejante de la reina y ésta no confió a nadie el amor prohibido. Al mismo tiempo la doblemente amada adquirió mayor encanto a los ojos de su señor que la hallaba más seductora conforme pasaban las lunas.

En Samca-Saraña Huyustus dialogaba con los discípulos.

—Si te hubieses ido a la Corte habríamos perecido de pena —dijo Kollana.

—Verdad que no nos habrías abandonado? — preguntaba ansioso Lirpa-Nayra.

Y Pankara contestando a los otros respondía:

—El Elegido nunca nos abandonaría.

El Solitario los apaciguó con dulzura:

—Dice bien Pankara: no los abandonaré. Pero no es bueno fiar en nuestros deseos, suceden cosas... Podría ocurrir que no mi voluntad si no circunstancias extrañas nos separen y para entonces hay que prepararse. "Pacha, el Dios Cósmico del Ande inscribe sus diseños en las estrellas mas no todos pueden ser descifrados.

Fluía el agua mansamente en el vertedero. El perfume de las flores subía suavemente en el aire. Las Palomas del Elegido discurrían junto a los hombres. Y al ver cómo el sol se hundía en el horizonte Kollana preguntaba:

—¿Señor: es verdad que todo tiende a desaparecer?

—No — contestó Huyustus— todo tiende a transformarse; ignoramos en qué y cómo pero esa es la ley: cambiar, mudar, renacer bajo otras formas, en otra identidad, acaso bajo una apariencia somática diversa: mineral, pez, piedra, vegetal, animal, hombre ¿qué sabemos? Presencias misteriosas cada cual atestigua un mensaje particular. Morir es renacer, nada parece definitivamente.

—Pero el mundo envejece y nosotros con él. ¿Acaso podría durar siempre la maravilla de Samca-Saraña, y vos, Señor, y nosotros, y este suave calor de amistad que nos une? — preguntó Lirpa-Nayra.

—Cuatro que se unen por el corazón es para siempre —dijo Huyustus, sólo que ignoramos las formas venideras. No tengáis temor, no dudéis: hay vidas. "Lupi", el sol, no agoniza, se esconde solamente. Mañana volverá, lo mismo nosotros.

Pankara se resistía a creer en un retorno. ¿Todo igual, nosotros tal como somos ahora, el mismo lugar, un día semejante, vos y nosotros, hablando las mismas cosas? Imposible...

Kollana tomó parte por el Solitario, Lirpu-Nayra por Pankara. Y éste preguntaba:

—¿Y por qué si regresamos no lo recordamos?

El Elegido calló unos instantes; luego con voz pausada repuso:

Si todo fuese recordado sería la confusión. Una regla sabia impone que una vida sólo recuerde una vida. Las transformaciones son un reino incógnito cuyo velo nadie ha levantado todavía.

Intentó Lirpu-Nayra rebatir los argumentos de Huyustus sin lograrlo del todo. Entonces el Solitario agregaba:

—Sed humildes. Nadie sabe lo que fue ni lo que será. ¿Fuiste piedra? Ablándate. ¿Fuiste musgo? Endurécete.

Kollana, exultando murmuró:

—Pude tener alas, creo que un tiempo yo volaba...

—Nada es imposible —añadió Huyustus— basta que lo sientas en profundidad.

Pankara, escéptico, insistía en sostener que lo uno es uno. Nada se repite. Lo que parece es para siempre.

El Elegido lo interrogó: "¿sabes por qué en la primera visita al Abra de las Animas dijiste que te parecía reconocer un paisaje familiar, ya conocido y frecuentado? Es que retornabas a un pasado hermético que sólo se da en la subitaneidad del relámpago.

—Estamos volviendo siempre... ¿Y por qué no lo recordamos? dijo Pankara.

—No habría mente capaz de comprenderlo. Resígnate a vivir tu vida mas no niegues las otras que podrían haberte repetido.

Kollana interrogaba a su vez:

—Señor: a veces me asalta la tristeza inmotivada, porque sí, sin que me hubiera ocurrido nada desagradable.

Lirpu-Nayra se sumaba a la pregunta de Kollana.

—También yo padezco accesos de melancolía.

Huyustus los contempló con grave ceño:

—Es natural —repuso— si no conocierais la tristeza tampoco conoceríais la alegría. ¿No muda la naturaleza con las estaciones, con cualquier accidente climático? Lo mismo el hombre se trastorna en cambios de ánimo de acuerdo a revoluciones interiores que muchas veces no tienen relación con el mundo de afuera.

Pankara interfería resuelto:

—Nada sé de tristeza ni melancolías, ni me interesan. Estoy siempre ocupado en hacer cosas, cosas, que no me dejan tiempo para meditar. Sólo cuando vengo a tu casa, Señor, me pongo a pensar y junto a ti no se puede estar pesaroso.

Dieron dos vueltas al estanque. Entraron a esas causas de silencio que el Solitario les enseñó para reconcentrarse mejor.

Nuevamente el inquieto Pankara abrió el coloquio:

—Señor, fui dos veces a la corte del Soberano y algo que no alcanzó a definir me atrajo fuertemente, no sé si las gentes, el movimiento, las galas del palacio. Se me ocurre que esa vida debe ser interesante...

—Lo es —replicó el Elegido— pero lo muy activo no armonizan con lo contemplativo. Si te haces cortesano seguramente ascenderás en méritos y en poderío, pero te alejarás de la naturaleza y del conocimiento de ti mismo. El mundo llama, atrae, conquista y por último disuelve: no da cabida al Espíritu, esa fuerza inmaterial que nos reúne y nos impulsa a indagar el sentido recóndito de los seres animados y de las cosas inanimadas.

Kollana se declaró enemigo de la Corte y del mundo. Lirpu-Nayra vacilaba, pensando que acción y meditación no están reñidas.

—Verdad —intervino el Solitario— no están reñidas siempre que no te dejes absorber por ninguna de ambas.

Discutieron sobre las razones últimas que inducen a la inquietud y a la quietud.

—¿Veis cómo asciende la “Quilla en el aire? — preguntó Huyustus— Pausadamente se mueve sin reposo, hace su camino, mas no cae en el frenesí de la velocidad. Su acción es lenta y noble su meditar sereno. Porque ella tiene un alma, conjuga el pensar con el hacer. Miraos en su marcha sabia.

Los pájaros descendían de los árboles y tomaban el alimento de manos del Elegido y sus discípulos. Reinaba la paz en Samca-Saraña y hombres y animales discurrían pacíficos. Una culebra salió detrás de una mata, cruzó el paraje y fue a perderse en el bosque. “Hay que matarla,

puede ser venenosa” — pensó uno de los discípulos. Huyustus, intuyendo la intención expresaba: “Si nada le hacemos, nada nos hará.” Y no fue perturbada la placidez del ofidio.

El Jefe de Hombres se aburría. Sus generales querían la guerra, el Sumo Sacerdote y los Consejeros sugerían evitarla. No tenía pasta de conquistador como sus antepasados pero anhelaba el cambio, salir de la vida rutinaria; ansiaba ver otras caras, conocer otras tierras... Se cansaba de los áulicos, de oír siempre las mismas cosas. Quería mudar de vida pero se sentía sujeto por las obligaciones de su cargo. El único que lo distraía, que lo interesaba por su saber era Huyustus, pero Huyustus vivía lejos, rehuía frecuentar la Corte.

Los generales se esforzaban por sobresalir como buenos servidores al soberano. Ignorando la traición de su consorte el rey acogía indistintamente los homenajes de Willka y de Huanca, hombres de corta imaginación que no pasaban de los ejercicios militares y de adiestramiento físico de los jóvenes. Cada uno de ellos pugnaba por asumir el mando supremo de las tropas; el Jefe de Hombres, buen político, prefería mantenerlos en cargos equivalentes, contrapesada la ambición de uno por la del otro.

Esa mañana Willka consiguió el favor del Soberano proponiéndole salir a cazar cóndores.

—Mala cosa es — pronosticó el Sumo Sacerdote. Si cazas al ave mayor pueden ocurrir malos sucesos.

El consejo no fue escuchado. Partió la expedición: diez guerreros, el Jefe de Hombres y Willka. Se internaron por la cordillera y tras corto caminar, trepando un abra hostil e iniciando el ascenso de un monte empinado dieron con un refugio de las aves.

Había en el oquedal tres condoruchos apenas nacidos, feos, de poco plumaje que apenas si se movieron al ser capturados por los guerreros.

—Los cuidaremos y serán tres fuertes “mallkus” cuando crezcan —dijo Willka alborozado.

El rey pensaba cómo de animalitos tan desagradables podrían surgir con el tiempo tres majestuosos cóndores rapaces.

Se prepararan a iniciar el descenso cuando un ruido de muchos vientos los puso en guardia: los atacaba un escuadrón de aves furiosos, probablemente los padres de los condoruchos acompañados por seis animales más. Tan rápido fue el ataque que los soldados no pudieron tensar sus arcos unos ni poner la piedra en la onda otros. Los cóndores volaban casi a ras del suelo y sus tremendas alas golpeaban con fuerza inusitada a los invasores. Dos guerreros cayeron fulminados por sendos aletazos, los demás huyeron espantados. Ante la cobardía de sus hombres el rey ordenaba a Willka: “échate al suelo, si quedamos inmóviles no nos tocarán.” Y así sucedió. Liberados sus hijos la pareja, seguida por los restantes animales, se llevó con picos y garra a las criaturas que graznaban lastimeras y se perdieron en el aire a la búsqueda de nueva morada.

Llegado a la corte el Jefe de Hombres estalló en cólera:

—¡Estúpido! —le reprochó a Willka— debiste recordar lo que ocurrió cuando capturamos a un “mallku” y las advertencias del Sumo Sacerdote. No sé qué tengo en los ojos; un ala me rozó como llama viva y veo mal.

El mal se fue acentuando y pronto un turbio velo impedía la visión del Jefe de Hombres.

Nakhi-Kara, entretando, incitaba a Willka a derrocar al soberano. Huanca seguía celoso del otro general. Lakita desde su destierro seguía intrigando contra todos: gustaba de verlos envueltos en mil percances. Los tres consejeros continuaban celando entre sí, siempre a la captura de mayor poder. Samca-Uma, impotente, veía que su ciencia no podía conjurar el mal del rey.

Finalmente el soberano pensó llamar a la corte al Solitario.

—Será inútil —díjole Sacha-Uma, no es curandero, nada podrá. Mejor convoquemos a los “callahuayas”. Hízose así pero los “callahuayas” nada pudieron hacer y el Jefe de Hombres seguía semiciego.

Nakhi-Kara, vengativa acordándose de antiguos desvíos y enamorada de Willka, creía que el mal del soberano no tenía remedio y en son de mofa díjole:

—¿Por qué no llamas a tu amigo el sabio? Tal vez Huyustus podría curarte.

Hízolo así el Jefe de Hombres y el Elegido fue llamado a la Corte.

Quedaron solos el rey y el solitario.

—¿Por qué me ha sucedido esta desgracia? —inquirió el rey.

Huyustus quedó silencioso y después de una pausa replicó sin temor a incurrir en el enojo del soberano a quién sólo le placía escuchar frases lisonjeras:

Esto te pasa porque eres duro con las gentes. Tratas a todos, grandes o chicos, con aspereza, les dices palabras torpes, no sabes hacerte amar.

El Jefe de Hombres se mordió el labio para no estallar: ¿cómo se atrevía el osado a censurarlo? Pero sabiendo que su última esperanza de curación residía en el Solitario optó por callar.

Huyustus examinó atentamente al rey.

—Puedo sanarte —dijo— si te sometes a mi tratamiento.

Túvoles tres días en completa oscuridad. Con ayuda de un cristal que aumentaba poderosamente el tamaño de objetos, examinaba con frecuencia las yerbas que ponía sobre sus ojos. Pasadas dos lunas el soberano había recuperado la vista en plenitud. Inútil decir cómo subió el crédito del Solitario en el favor real.

—Pide lo que quieras y te será concedido —dijo el Rey.

—Nada pido, nada necesito —repuso Huyustus. Déjame volver a mi retiro.

Frente a la envidia de los generales, del Sumo Sacerdote y de los consejeros, cuando tenía un problema, prescindiendo de los áulicos el soberano enviaba siempre a pedir consejo al Elegido. Se distanció de la consorte que no supo prodigarle cuidados durante su dolencia y comenzó a dar oídos a los rumores de descontento. Quiso suavizar su trato con las gentes pero ya era tarde: había ofendido a muchos con sus maneras despóticas y su gobierno duro. El Jefe de Hombres sentía la soledad del muy poderoso engreído con su propia suficiencia.

La doncella Samara visitaba Samca-Saraña una vez a la semana llevando la ropa limpia. Adoraba al Elegido mas le tenía tal respeto que su amor quedaba escondido en su interior. Y el joven Wayna seguía siendo víctima de sus constantes rechazos. Nada dejaba entender que el Solitario hubiese sorprendido el afecto la muchacha. La trataba con la misma bondad que a todos y no parecía reparar en sus encantos. Pero el doncel pensaba que alguna vez rompería su castidad y se uniría a la muchacha. Por eso odiaba a Huyustus, vigilando celosamente a Samara a quien acompañaba en sus visitas al refugio del Solitario.

Tampoco los discípulos eran insensibles al hechizo de la bella. La deseaban con los ojos y no se atrevían a cortejarla por respeto al Maestro. El celoso Wayna advirtió el interés de los jóvenes por su amada y los incluyó en su malquerencia.

Una tarde oculto detrás de un árbol oyó las palabras de Huyustus a la doncella:

—La próxima vez ven con tu hermana —dijo el Elegido— es mucho peso para ti sola cargar tanta ropa.

Wayna tuvo un sobresalto de alegría: el Maestro era casto era honesto... No tardó el disiparse su contento al ver que Samara soltaba el llanto:

—Señor, yo soy fuerte, puedo hacerlo sola... La verdad es que tal vez lo molesto... si, eso es: no soy discreta... algo en mí lo irrita... perdóneme...

El Solitario la miró con bondad.

—En nada molestas, en nada procedes mal, pero es mejor que tu hermana te acompañe. A veces no están los discípulos, yo quedo solo y debo protegerte de las malas lenguas.

Samara enjugó sus lágrimas comprendiendo las razones del Elegido viniendo con la hermana ya no podría observarlo a hurtadillas. Un nuevo obstáculo a su pasión.

La doncella rodilla en tierra le pidió el conjuro de la Buena Amistad. Huyustus trazó un signo mágico en el aire. Luego puso la diestra sobre la cabeza de la doncella y sin tocarla dijo simplemente:

—Ve tranquila, te seguirán los buenos deseos.

También Lirpu-Nayra, el más osado, buscaba la ocasión de aproximarse a Samara. Más no la encontraba y la doncella envuelta en su secreto siguió siendo el martirio de Wayna y la presa codiciada por los tres discípulos.

Los dos generales llegaron a un acuerdo: derribarían al soberano y se partirían el reino. Socavaban la lealtad de los oficiales y prescindían de la plebe porque la plebe no toma parte en los sucesos de la corte y se limita a obedecer. Ya tenían ganado al primer consejero. El Sumo Sacerdote vacilaba. En general los dignatarios estaban cansados del despotismo del Jefe de Hombres, sus accesos de hurañía, sus reproches injustos. Como después le entraran signos de codicia — quería todo para él, nada para sus áulicos — aumentó el descontento. Ya los rumores corrían secretamente: "no ha de durar, no ha de durar..."

Fue Lakita la que estuvo a punto de precipitar el estallido enterada de la traición de Willka. Mandó un "chasqui" al soberano pidiéndole audiencia para revelar un secreto de alta importancia. Llegó a la corte pero antes que pudiera llegar ante el Rey, Willka que andaba loco por la Reina y presumiendo que algo grave entrañaba la audiencia concedida que se realizaría a la mañana siguiente, la misma noche de su llegada mató a Lakita y protegido por las sombras arrojó su cadáver al Pozo de la Profundidad, tan hondo que no se le conocía término y de donde jamás volvieron restos humanos.

El Jefe de Hombres hizo comparecer al general:

—¿Dónde está tu mujer? Tenía que hablar conmigo.

—Lo ignoro, señor. No vino a dormir a casa. No la he visto desde que tú la desterraste.

El soberano creyó la mentira de Willka y se acrecentaron sus recelos. ¿Quién pudo matarla y por qué? ¿Qué le iba a revelar? Organizó un servicio secreto de algunos fieles adictos para vigilar a los principales dignatarios y jefes de los ejércitos y al cabo de algunas averiguaciones llegó a la conclusión de existir una vasta conjura en su contra, sin precisar quienes la urdieron y menos quienes la encabezaban.

Redobló sus medidas de seguridad y se trasladó a Samca-Saraña para consultar el Elegido.

Lo encontró en su jardín y bruscamente le expuso sus quejas:

—Estoy rodeado de traidores. Todos me rehuyen, callan cuando me acerco. Presiento que pretenden despojarme del reino.

Huyustus lo miró con tristeza:

—No quisiste seguir mis consejos. En el poder es mejor hacerse amar que hacerse temer. Lo verifiqué en mi última visita a la corte: hay descontento y se ciernen nubes de tempestad en tu corte.

El Jefe de Hombres se encolerizó:

—Precisamente por ser yo demasiado blando es que se ha urdido esta conspiración. Tú eres mago: averigua qué debía decirme Lakita.

Huyustus sonrió:

—Señor: no soy mago. Llego a ciertas deducciones por la meditación. Déjame pensar y en tres días te daré la respuesta pero no puedo asegurarte si daré con la verdad.

El soberano se retiró descontento mas era tal el prestigio del Solitario que resolvió acatar su determinación.

La corte fue enterada que de los labios de Huyustus pendía la seguridad de muchos. Willka y Huanca temerosos de ser descubiertos acordaron eliminar al Elegido en forma secreta de modo que nadie supiera cómo sería asesinado.

Eligieron cuatro hombres al mando de un oficial de su entera confianza, y le encargaron matar al Solitario con flechas envenenadas de esas que no se usaban en el reino sino en parajes vecinas para evitar sospechas.

Conociendo que Huyustus solía retirarse al llegar el crepúsculo a un lugar apartado para meditar, el grupo asesino se escondió detrás de unos arbustos y esperó la llegada de su víctima. Lentamente, moviéndose con majestad, llegó el Elegido. Se apoyó en un alto roble, se cruzó de brazos, y su mirada se perdía en el horizonte.

El oficial salió del escondite con sus compañeros.

—Señor, no te queremos mal. Sabemos que eres un Amauta. Pero nosotros obedecemos: somos soldados. Debes morir.

Y ordenó a los soldados que apuntaran con sus arcos de flechas envenenadas al Solitario.

—¿Quién los manda? —preguntó Huyustus— ¿Mi soberano?

—No es el rey —dijo el oficial— pero debes morir. Expresa tu último desea antes que los dardos de fuego atraviesen tu cuerpo.

Huyustus los miró sin temor y con sereno ademán repuso:

—Está bien. Si el Dios Mayor que maneja a los hombres así lo ha dispuesto: disparad las flechas.

El oficial levantó la diestra para dar la señal mortífera pero no pudo bajarla porque se le quedó paralizada en el aire. A su vez los arqueros que los invadía un extraño desfallecimiento. Los cinco transpiraban sin saber por qué.

La figura alta del Solitario aparecía nimbada de luna misteriosa claridad: despedía extraños fulgores. Parecía desvanecerse y luego reaparecía severa y silenciosa.

Los presuntos asesinos se aterraron.

—Señor: perdónanos —dijo el oficial. No sabíamos que eres un Mago.

Y se retiraron conmovidos por el prodigio.

Huyustus, tranquilo, vió cómo se hundían en las sombras.

## SEGUNDO TIEMPO

El Coro explica que el mucho saber engendra la envidia. El Poderoso, cada vez más engreído por su mucho poder, no repara en vallas para su capricho: es dueño del mundo y de las gentes. Su genio se agría: trata mal a sus servidores, le agrada humillar a los fuertes. Emplea un lenguaje procaz y torpe, ofende con frecuencia. Poco le importan la dignidad y las reacciones de los ofendidos. El Meditador, en contraste, es siempre suave y considerado con todos. No busca atraer ni persuadir: esclarece solamente. El primero es temido, el segundo admirado. ¿Quién sabe si el grito esconde debilidad y la palabra sosegada fortaleza? Al Solitario lo intrigan atribuyéndole un mando espiritual que no busca. Al Soberano le insuflan nubes de soberbia y que desconfíe del Hombre de Samca-Saraña. ¡Envidia, envidia, el dichoso siempre será presa fácil del descontento! El conflicto entre dos grandes mueve el mundo, lo desintegra, acaso ya no pueda reintegrarse a la primitiva armonía. Sombras, sombras...

\* \* \*

Transcurrido los tres días el mensaje de Huyustus al Rey fue lacónico: —“cuida el ejército”. El Solitario adivinaba la verdad pero no quería causar la muerte de nadie.

No quedó satisfecho el Jefe de Hombres. Creció su arrogancia pensando que Huyustus no era un Mago sino un simple predicador de moral. No desconfiaba de sus generales a los cuales veía serviles y abyectos, sino de los oficiales jóvenes que se le antojaban audaces y rebeldes. Redobló la vigilancia sobre éstos y menospreció la fuerza de aquellos.

Los Consejeros se asociaron en el común temor ¿qué ocurriría? El soberano ya no respetaba las antiguas costumbres, introducía cambios sacrílegos que irritarían a los dioses. ¿No los reemplazaría por otra clase de dignatarios? Conspiraban secretamente, sin arriesgarse, buscando el favor de Willka y de Huayna en quienes calculaban un día recaería el mando.

Nakhi-Kara incitaba al amante:

—El Rey está enfermo de la mente —decíale— desconfía de todos. Se está destruyendo. Ya no me mira; le haré pagar su desprecio. Prepárate, pronto llegará tu hora.

Tampoco Huanca dormía. Odiaba al Soberano por su despotismo, por haberlo humillado varias veces en la Corte, pero también desconfiaba de Willka, el corajudo, que lo aventajaba en valor físico. “Me uniré al Sumo Sacerdote —dijo— y con su experiencia lo empujaremos a un acto de audacia que lo lleve al desastre.”

El joven Wayna perseguía tenazmente a la doncella Samara, pero ésta rehuía sus requiebros.

—Te quiero como a un hermano —decíale—. ¿Por qué me hablas de amor si no sé que quiere decir esa palabra?

—Es lo que siento por ti: hazme tu esclavo.

La doncella sonreía pérfidamente:

—Yo no quiero ser esclava de nadie. Por eso no quiero sentir amor por nadie.

Y se alejaba corriendo, saltando alegremente como cervatillo retozón.

Se internó Wayna en el bosque para meditar sobre su pena: ¿por qué lo rechazaba la doncella si era sano, hermoso, fuerte, valiente; si pertenecía a la nobleza y podía elevarla a mejor condición; si la haría feliz con su amor y fidelidad? Consultaría al Elegido para salir de su cuita...

Sumido en sus reflexiones escuchó un rumor de pasos que se aproximaban. Muy juntos el Sumo Sacerdote y Huanca conversaban en voz baja. De pronto no recogió lo que decían más acercándose al amparo de la oscuridad y aguzando el oído captó frases aisladas... “Es malo, es rudo, no sabe tratarnos.... Tal vez esa sería la solución... Willka se perderá porque es demasiado directo, no sabe disimular... Con la fuerza no lo venceremos... Hay que esperar... No lo hagas, no lo hagas, no es aún el tiempo... Acaso el veneno... Tu rival, el otro general, sería peor; deben desaparecer ambos... También el Solitario es un estorbo... Y tu recobrarías tu antiguo poder...”

Aterrado por las frases oídas el joven Wayna se confió al Segundo Consejero y le repitió lo escuchado. “Calla —le dijo éste— si lo divulgas podría costarte la vida.” Despidió al muchacho y luego reuniéndose con los otros dos Consejeros consideraron la situación.

Sólo sentían envidia y desconfianza hacia el Sumo Sacerdote y los dos Generales rivales. Fraguaron, entonces, buscar un cuarto hombre para sustituir al Soberano contra cuyo despotismo se rebelaban todos. Pero no lo encontraban aún y buscaban, buscaban...

La Corte hervía en intrigas y rumores. Nadie se atrevía a transmitir las al Jefe de Hombres cuya cólera era temible.

El Primer Consejero, venciendo el odio que sentía por el Elegido y ocultándolo a los otros dos viajó a Samca-Saraña para entrevistar a Huyustus. ¿Por qué no podría ser el Solitario el nuevo monarca y él su dignatario de confianza?

Llegó a la Casa-Refugio y fue recibido cortésmente por Huyustus, a quien informó de todo lo ocurrido. Después de breve diálogo concluía:

—Señor: tú puedes ser el hombre que buscamos...

El Elegido lo miró con severidad:

—Jamás seré traidor al Jefe de Hombres. Lo reflexionaré, aún puede cambiar. De otra parte no me interesan la ambición ni el poder. No busco manejar a las gentes sino orientar a las almas.

El Segundo Consejero escondió su despecho. Se alejó de Samca-Saraña jurando vengar el desaire.

Se fueron esparciendo los rumores de conspiración, hasta se daban nombres de los cabecillas, pero como casi siempre sucede los vientos de la llanura no llegan a las altas mesetas. El Soberano soberbio, inconvencible, siguió gobernando a su capricho, violando a veces las antiguas costumbres lo que irritaba aún a los adictos.

A un dignatario que se atrevió a tocar el tema, el Jefe de Hombres le repuso airado:

—Al que se atreva a desconocer mi autoridad mi porra le abrirá la cabeza.

Los tres Consejeros que conocían el amor del pueblo por el Elegido urdieron la intriga mayor éste. Aseveraron que recibía la visita de muchos jóvenes, varios de los cuales eran guerreros (lo que no era cierto) sembrando en el ánimo suspicaz del Rey la semilla de la desconfianza. Tan grande era el orgullo del Jefe de Hombres que terminó por desechar el aviso: ¿qué hacer el Maestro de Samca-Saraña contra su fuerza y poderío? Era un hombre de paz, jamás se le conoció ambición, enseñaba a pensar no a luchar. Apartó a los denunciadores restando importancia a la denuncia.

Ajeno a todo cuanto acontecía en la Corte Huyustus transcurría su vida plácida dedicada al campo, a la meditación y al estudio. El día que cumplía 40 años los discípulos ayudados por Samara le prepararon un sobrio agasajo porque lo sabían enemigo de los festines. Sentados en la hierba, cruzadas las piernas, recogiendo el borbotear de la fuente, escuchaban la voz amada del Solitario:

—Ya son muchas lunas que me escucháis y os acercáis a la gran Naturaleza en demanda de sabiduría. Pienso que se acerca el tiempo de la primera investidura: vencida la etapa de ritos y experiencias os consagraré al primer grado de los “Irpas” o Maestros del Ande. Podréis saber mucho, curar ciertas enfermedades, predecir el futuro, ayudar a los necesitados: mas no olvidéis la regla infranqueable: guardad el misterio de vuestra investidura, el Irpa de verdad obra sin revelarse.

—Señor —preguntó Lirpu-Nayra— ¿el Jefe de Hombres sabe que sois el Irpa de los Irpas y que muchos grandes os consultan con frecuencia?

—No lo sabe, ni él ni nadie a excepción de vosotros tres que pertenecéis a la Orden Magna.

—¿Sería peligroso revelarlo? —inquirió Kollana.

—No sólo peligroso: está prohibido. Los hombres tienen celos de todo poder, aún del poder espiritual y si supieran cuán largo y decisivo es su alcance no tardarían en destruirlo.

Pankara escuchaba callado. De pronto rompió el silencio indagando:

—Maestro: ¿para qué acumulamos tanto saber y poder oculto si serán siempre ignorados como no sea por nosotros mismos?

—La verdad, desnuda, hiera. Debe esconderse tras velos sutiles. Ejerced vuestra ciencia sin alardes, haced que fluya inadvertida. La naturaleza nos exige misterio y devoción, también modestia y desprendimiento. El mundo de afuera se erige sobre la ostentación y la soberbia; el nuestro, el interior, está hecho de silencio y de recato.

Kollana insistía:

—¿Para qué aprendemos la ciencia que nos da dominio sobre los demás si no podemos revelarlo?

—Los hombres se construyen el poder para mandar sobre los demás y ejecutar sus caprichos. A nosotros está reservado servir sin pedir recompensa, sin ostentar, sin hacer daño a nadie. El más repudiable individuo debe ser respetado como el animalito más insignificante. Sólo los Achachilas y la gran Naturaleza pueden herir o matar a las personas.

Siguieron departiendo sobre el futuro que los discípulos juzgaban impenetrable. Entonces Huyustus dijo:

—Vendrán años duros. Hay mucha ambición en la Corte. Ignoro la acción del Sumo Sacerdote y de los Consejeros en nuestro Soberano, parece que los desestima... El aire trae

hábitos bélicos. Los generales siempre quieren guerra y cuando no la encuentran se suman a los cortesanos para crear disturbios internos. El egoísmo excede a la generosidad. Nuestro reino está derivado peligrosamente a la concupiscencia: ya no se premia la virtud, sino la fuerza.

—¿No pueden influir los Irpas, tu mismo, Maestro para cambiar las cosas? —preguntó Lirpu-Nayra.

—Nuestra misión no consiste en tratar de transformar el mundo exterior sino sólo en formar las almas puras.

Advirtiendo la melancolía del Solitario Pankara añadía:

—Nos conduces a la suprema sabiduría, al fortalecimiento de la inteligencia pura, no ligada a saberes materiales, nos quieres buenos de conducta, sanos de intención. Guías de almas, sí, pero el mundo no lo manejan las almas sino la voluntad insaciable.

—No os educo para el dominio del mundo —dijo Huyustus— mas para el Reino interior que consiste en seguir los dictados de la conciencia, en escuchar las voces de la Naturaleza, en ejercer misión de paz y de ayuda a los demás.

Prosiguieron dialogando sobre la tarea silenciosa y abnegada de los “Irpas” hacia la cual se encaminaban los discípulos.

Cuando el sol arrojaba sus rayos mortecinos en el espejo de la fuente el Elegido se despidió de los jóvenes:

—De vosotros tres saldrá el futuro Irpa de los Irpas, pero el camino será largo y escabroso. Habrá que vencer muchas pruebas, muchas dificultades, muchos quebrantos porque a la Verdad sólo se llega por dudas y luchas interiores.

—¿Por qué hablas así, Maestro? — interrogó Kollana — Aún eres joven, tendrás el cetro del poderío espiritual todavía muchos años. No queremos otro conductor...

El Elegido sonrió melancólico:

—He aquí un misterio para meditar: no os acompañaré mucho tiempo. Está escrito que debo partir. Os daré la dirección del Irpa que será consagrado en lugar mío, lo buscareis y él sabrá guiarlos, como yo, en el camino hacia la luz.

Los discípulos se miraron aterrados por la revelación. Siempre habían pensado que el Solitario era inmortal. ¿Cómo podría desaparecer y tan prematuramente, en la flor de la vida?

En la Corte proseguían las insidias contra el Solitario. “Lo visitan grupos de jóvenes” —decían los rumores. “Dicen que sabe más que el Jefe de Hombres”. Luego inventaron: “Samara es una doncella bellísima y dice que no le cedería ni a su Soberano porque es su amante.” Rumores falsos que no dejaron de impresionar al Rey. El orgullo impedía que éste verificara su autenticidad: dejaba correr, dejaba correr las insidias pero insensiblemente ellas abrían surco en su alma desconfiada.

Cierto día enfrentó a sus dos generales:

—Escucha Huanca: si yo emprendiera una excursión bélica al país de los Chankas; ¿quién crees que debería reemplazarme?

—El príncipe heredero —repuso Huanca adúlón.

—Es una criatura —dijo el monarca. No podría gobernar.

Y dirigiéndose a Willka:

—A tu juicio: ¿quién debería ser?

Willka vaciló, temeroso de revelar los lazos que lo unía a la Reina y astutamente contestó:

—El Sumo Sacerdote.

—Está viejo, le falta energía.

Cuando se trató de escoger entre los Consejeros ambos generales se mostraron vacilantes, sin atreverse a elegir a uno de ellos. El Jefe de Hombres los despidió ásperamente:

—No os decidí por ninguno. Como siempre deberé resolverlo todo solo.

Nakhi-Kara incitaba al amante: “hay que matarlo, ya no me escucha, tampoco a ti te quiere.” Pero Willka, valiente en los combates temía al Jefe de Hombres cuya mirada magnética irradiaba crueldad y poderío. La hembra desdeñada urdía nuevas maldades. “Le tienen miedo —pensaba— habrá que envenenarlo.”

El joven Wayna celoso de las preferencias de la doncella Samara por el Elegido se sumó a la racha de intrigas. Un día que halló de buen humor al Soberano deslizó la perfidia:

—Señor: el hombre de Samca-Saraña, dicen que quiere ser coronado Rey...

El monarca montó en cólera:

—Que traiga al atrevido a mi presencia.

Fue conducido el Solitario a presencia del Jefe de Hombres. Mas cuando éste lo vio tranquilo el porte, serena la mirada, sintió que disminuía su furia.

—Voy a emprender una excursión al país de los Chankas y te dejaré el Trono.

La respuesta sobrevino inmediata. Con voz firme el Elegido contestó:

—Señor, no sirvo para tan alta dignidad. No sé mandar, ni podría hacerlo. Tienes mejores hombres para que te reemplacen.

“Ha sido calumniado” —pensó el soberano y su desconfianza se desvaneció rápidamente.

Hablaron largamente como en tiempos pasados. Al cabo del coloquio el Monarca comprendió que Huyustus no había cambiado: seguía siendo el amigo fiel, el buen consejero, sus reflexiones atinadas alejaron toda duda. Pero al despedirse cuando el Solitario aconsejaba “es mejor ser amado que temido; sé duro con los guerreros y manso con el pueblo”, sintió la punzada de la desconfianza: lo estaba criticando.

Volvió el Elegido a Samca-Saraña donde no llegaban las intrigas de la Corte.

Los Consejeros advertían que el Monarca perdía el amor de los suyos por su excesivo rigor, sus estallidos de cólera, y los frecuentes castigos que infligía a sus servidores. Propusieron al Sumo Sacerdote una reunión secreta con los nobles para ver la manera de deshacerse del déspota.

La reunión se celebró al amparo de la noche. Asistieron cuarenta nobles y dignatarios. Los tres Consejeros expusieron ampliamente el caso, señalaron los castigos injustos, la cólera siempre temible del Jefe de Hombres y el peligro de verse amenazados por sus arbitrariedades. El Sumo Sacerdote callaba, callaba... Presidía la reunión pero sacaba el cuerpo a las responsabilidades.

Como en los días subsiguientes las cosas mejoraron y se atenuó el rigor del Soberano, los conjurados atribuyeron a la visita de Huyustus el cambio producido.

—Hay que eliminar primer al Solitario —propuso el Segundo Consejero. Es él quien lo aleja del peligro.

Los dos restantes asintieron y contando con el asentimiento de los nobles y los dignatarios tejieron velozmente la tela de la nueva insidia.

Hicieron circular el rumor de que el Elegido habría rechazado el poder por simple táctica. Subterráneamente —propalaban— va adiestrando a legiones de jóvenes que en connivencia con oficiales de menor graduación darían el golpe para llevarlo al trono.

El Jefe de Hombres movilizó su servicio secreto y todos los informes fueron negativos para la acusación: Huyustus sólo recibía diariamente a sus tres discípulos y rara vez a personas o jóvenes que acudían a consultarle. En el ejército las averiguaciones establecieron que muchos ni conocían al Solitario y que otros lo consideraban inepto para el mando por su bondad y desprendimiento.

Nuevamente se tranquilizó el Soberano. Pero una noche el Sumo Sacerdote deslizaba:

—Señor, no te fíes. Huyustus es muy astuto. Conquista las mentes para poder manejar después los brazos. Habla con pocos, y los adoctrina aparentemente en el desprecio a los bienes materiales, aunque en el fondo pretende que la palabra puede más que la espada. ¿No has advertido que Samca-Saraña es más grande y bella que tu palacio y sus jardines?

—La heredó de abuelos y padres —dijo el Monarca.

—Verdad, pero el pueblo murmura que es como un santuario. Prueba su virtud: pídele que te ceda la propiedad, si es un sabio que puede reducirse a lo mínimo.

Hizo comparecer a Huyustus nuevamente a su presencia el Jefe de Hombres.

—Cédeme Samca-Saraña con todas sus dependencias y terrenos —díjole— quiero instalar allí el palacio de recreo de mi corte. Tus bosques son propicios. Te daré en compensación otra propiedad no menos bella.

—Señor —repuso el Solitario— todo cuanto tengo te pertenece. Toma Samca-Saraña y dame permiso para retirarme a los bosques lejanos para vivir aislado.

Sintióse el Soberanos avergonzado por la mansedumbre del Elegido y queriendo enmendar su codicia contestó:

—En verdad podría pasar sin tu finca: consévala. Pero no recibas visitantes aparte de tus discípulos. ¿Por qué te buscan? ¿Qué tienes que tratar con ellos?

—Hablamos, cambiamos ideas, los aconsejo, absuelvo sus preguntas... No hacen daño a nadie.

—¿Y por qué no acuden a mí que soy su Soberano?

—Tu grandeza los atemoriza; además tú guardas el seño fruncido y eres hosco en el trato. Si suavizas tu carácter, ellos acudirán a ti.

El Jefe de Hombres absorbió la lección mas con ella un resentimiento profundo que ocultó a Huyustus por haberle revelado el distanciamiento de sus súbditos.

Para comprobar la verdad de sus informantes el Monarca apareció súbitamente una mañana en Samca-Saraña.

Fue acogido afablemente. Quiso el Jefe de Hombres probar la obediencia de Huyustus y le mandó congregar a todos los habitantes de la finca que pasaban del centenar para rendirle homenaje.

“No puedo hacerlo —le fue dicho— pues no tengo mando sobre ellos. Hacen su tarea libremente.”

Por medio de sus guardias reuniólos el Monarca y una vez congregados les hizo saber que sólo al Jefe de Hombres debían obediencia. Los hombres lo miraban en silencio sin comprender lo que les decía pues ignoraban el significado de la palabra obediencia: desde los bisabuelos vivían sin salir de los límites de la vasta finca, sujetos sólo a la voluntad de los jefes de familia.

Cuando el Soberano se retiró convencido que Huyustus era un santo varón, los hombres de la finca acudieron a él en demanda de explicación: ¿quién era ese Señor Poderoso que les había exigido obediencia, qué significaba esta palabra, por qué había invadido los predios libres de Samca-Saraña?

—Es el Rey —explicóles Huyustus; tiene mando y dominio sobre todos. Obediencia quiere decir que siempre uno debe ordenar y los demás obedecer. Todos vosotros, juntos, formáis la sociedad de gentes; sois libres dentro de Samca-Saraña pero saliendo de sus linderos pertenecéis al Rey como yo, mis discípulos, todo cuanto respira y se mueve.

Los hombres lo miraron consternados y se retiraron llevando la pesadumbre de la obediencia forzada en sus almas.

Wayna urdió entonces una infamia para hacer recaer en otro la furia del Monarca al conocer su oprobio. Hizo circular la versión de que Huyustus conocía un secreto terrible que sólo confiaría al Soberano. “Cuando llegue a la Corte yo lo entrevistaré primero, le diré la verdad del adulterio y el Solitario que nunca ha mentido tendrá que contarle al Rey.”

Al principio todo sucedió como se había previsto. Llegó Huyustus, Wayna lo sorprendió con la noticia de que debía revelarle un secreto de suma importancia y sin más preámbulos le espetó la terrible verdad: la Reina era adúltera.

—¿Qué quieres que haga? No soy aya del Monarca para velar por la conducta de los suyos.

—Tú jamás mentiste —repuso el astuto— no puedes callar la verdad. Yo temo la furia del Rey; a ti te respeta y sabrá escucharte.

El Elegido meditó rápidamente: ¿sería verdad, sería calumnia? No estaba obligado a transmitir la versión de Wayna y si el Soberano lo interrogaba confesaría la verdad.

El Jefe de Hombres acogió malhumorado al Solitario, inquirendo qué secreto era ese que guardaba en su interior.

—Señor —dijo Huyustus— yo no tenía ningún secreto guardado. Se trata de una invención. Al llegar aquí alguien me contó algo que no puedo creer; él es el que conoce o inventó el tal secreto.

—¡Revelalo! —ordenó imperioso el Monarca. Quiero conocer la verdad, inventada o real. Habla.

—Se trata del honor de la Reina.

Aunque el Rey ya no amaba a su mujer de la que andaba distanciado hacía tiempo, sintióse herido en su dignidad masculina.

—Quién atenta contra el honor de la soberana debe morir —repuso lacónico.

Ni siquiera preguntó quien podría ser el presunto amante de su mujer, fuese desprecio u orgullo de su parte. Como Wayna sólo a Huyustus se había transmitido el terrible secreto, éste murió en los labios del Elegido. Vigiló el Rey a la esposa sin advertir nada que pudiera condenarla y pronto echó en olvido el incidente, más en el fondo le quedó un nuevo motivo de resentimiento contra Huyustus: conocía la traición real o supuesta de la regia consorte.

Por otro lado acrecían las maniobras de los Consejeros para precipitar la caída del Solitario.

—Señor —informósele— ya no van sólo jóvenes a Samca-Saraña, sino hombres de toda laya, mujeres, y ancianos. Aparentando ir a pedir consejo preparan una vasta conspiración para destronarte y coronar al Solitario, alegando que tú eres muy rudo, que tratas duramente a las gentes y que Huyustus, en cambio, es todo bondad.

—¡Maldición —tronó el Soberano— no se gobierna con mieles ni sonrisas. Pero no creo que Huyustus conspire: es hombre de meditación y no de acciones guerreras. Tampoco creo que me traicione: es mi principal consejero aunque nos vemos poco.

—Señor —insistía meloso el conjurado— no acuso a Huyustus sino a quienes lo visitan; son ellos que desean empujarlo al trono.

El Jefe de Hombres despachó al intrigante sin dar mucho crédito a sus palabras; confiaba en el desprendimiento y en la virtud del Elegido, había visto cómo vivía: no, era imposible, cualquiera podía aspirar al trono meno el solitario de Samca-Saraña.

Pero la intriga cundía, cundía... No sólo el Sumo Sacerdote, los tres Consejeros, sino varios nobles y hasta gentes de servicio pagadas por los conjurados deslizaban en los oídos del Monarca pérfidas versiones: “van muchos a la finca del Solitario... ¿de qué hablarán...? parece que se están organizando en escuadras móviles... dice que tienen un jefe misterioso pero que sólo obedecen a Huyustus... sus discípulos ya no pasean y conversan, ahora se ejercitan en juegos atléticos...” Todas invenciones.

Tanto oyó y tan insistentemente repetido por todos, que en el Monarca se desmoronó su confianza en el Elegido: algo debía haber detrás de la marejada de rumores propalados por tantos. Redobló la vigilancia con sus guardias y como primera precaución bloqueó los caminos de acceso a Samca-Saraña: así se cortará la ola de visitas al Solitario.

Ignorando en absoluto las intrigas de la Corte, Huyustus hacía su vida normal. Esa noche maestro y discípulos departían al frescor nocturno.

—Maestro —preguntó kollana— ¿por qué somos tan pocos aquí abajo y tantos brillan allá arriba?

—El Poder Oculto rige el cielo y la tierra; el número de sus habitantes nos es desconocido. Los hombres se desparraman por el mundo, los astros se apiñan allá arriba. Hay muchos secretos en el cielo y muchos reinos que desconocemos en el suelo.

Lirpa-Nayra intervino:

—Señor: ¿a qué llamas el Poder Oculto?

—A la fuerza que anima todo y no se deja ver.

A su turno Pankara aducía:

—No me explico por qué estamos reunidos aquí en coloquio tranquilo cuando las estrellas bullen en lo alto y muchos hombres se agitan al amparo de la sombra.

Huyustus contestó:

—Hay tiempo de pensar. Hay tiempo de actuar. Unos edifican ciudades, otros labramos ideas. Esa oposición de pensamiento y movimiento hace el equilibrio del mundo.

—Entonces no tenemos que envidiar a los guerreros, a los nobles, a los constructores de ciudades...

—Cada ser, cada cosa tienen su lugar. Nada es inútil, nada superior a los demás. El destino del varón de virtud, del buen meditador no es envidiable pero tampoco desdeñable: tiene su magia escondida que sólo se revela a los adeptos del sosiego.

Kollana inquirió:

—Quisiera saber qué es el destino, que parece el amo de los hombres y de las vidas.

—Puede ser el poder de los Dioses, el azar, la fuerza que los hombres creen ciega de la Naturaleza pero que en realidad obedece a leyes inmutables. En ciertos trances del vivir puede ser también tu voluntad o el enlazamiento de circunstancias imprevisibles que originan hechos impensados. No lo sabemos bien.

Adujo Lirpa-Nayra:

—Si todo se presenta oscuro, enigmático, ¿quiere decir que nunca sabremos qué es el destino?

Contestó Huyustus:

—Identifícalo con el Misterio...

—A veces siento que yo podría modificar el destino —dijo Pankara.

—También esos raptos de soberbia los admite el destino: están previstos.

—¿Entonces nuestra ruta para formarnos sabios está ya predeterminada y nadie podría cambiarla? —preguntó Kollana.

—Todo puede cambiar. Dos de vosotros seguiréis el Camino y uno lo abandonará —replicó Huyustus.

Y la incertidumbre se hizo en los tres jóvenes.

Mientras los generales Willka y Huanca conspiraban cada uno por su parte, el Sumo Sacerdote, reunido con los tres consejeros se ocupaban del Elegido. “No es que su influencia sea tanta —explicaba— mas bien ha disminuido en el último tiempo, pero le envía mensajes salvadores por su poder de adivinación cada vez que un peligro amenaza al Rey. Hasta que sorprenderá nuestra conjura y podría denunciarnos al Jefe de Hombres.”

Todos coincidieron en la urgencia de eliminar primero al Elegido. Y el 2º Consejero añadía: “Aparte de la valla que su persona supone para nuestros planes yo lo odio porque es un varón feliz: en el retiro de su finca no se preocupa de nada y todo parece acudir a él. ¿Por qué es el único hombre de faz serena y ánimo tranquilo, mientras todos soportamos quebrantos y aflicciones? Hay que matarlo.”

El plan se urdió perfecto: harían que gentes de diversos puntos del país acudieran a la Corte portadores de noticias de conjuración a favor de Huyustus, a las que ellos agregarían versiones sobre su ambición y secreto poderío atribuyéndole fines vedados.

El primer grupo que llegó a la Corte expresó al Soberano:

—Señor: hemos recibido la visita de un emisario que nos invitó a visitar Samca-Saraña donde —dijo— mora el hombre más digno de dirigirnos a todos.

El Segundo grupo manifestaba:

—Fuimos incitados a dejar nuestra morada para conocer a un Señor Poderoso que adivina los sucesos y cura a los enfermos.

El tercer grupo agregaba:

—Dicen que Samca-Saraña es un lugar donde todos pueden ser felices. Te pedimos permiso para visitarlo.

Otros grupos provenientes de otros puntos del territorio aumentaron el recelo del Soberano, pues sus versiones convergían hacia la existencia de un señor magnánimo que daría paz a las almas.

Wayna, el doncel enamorado de Samara, concedor del secreto de su amor por Huyustus: urdió nueva intriga: “si no puede ser mía tampoco será de Huyustus. Es preferible que sea del Rey”.

Trasladóse a la Corte e informó al monarca sobre la existencia de una doncella más hermosa que el nacimiento de las rosas “señor —añadía— es tan dulce que alegraría tus días y daría más brillo al Reino.”

El Jefe de Hombres, ya prevenido por razones políticas contra el Solitario, sintió crecer el aguijón de la envidia al amigo lejano: ¿Por qué en Samca-Saraña se concentraba todo lo bueno, por qué Huyustus contaba con la presencia de la doncella más seductora que debía pertenecer al Monarca?

La conjura contra el Elegido crecía, crecía...

El Sumo Sacerdote deslizaba en los oídos del Soberano pérfidas insinuaciones:

—Señor, dicen que Huyustus ha expresado que él maneja tu voluntad y que todos los aciertos de tu mano son obra suya, porque él guía tu pensamiento. ¿Vas a permitir tanta insolencia?

Luego picando el orgullo del Soberano agregaba:

—Guarda una doncella hermosísima que no la cedería ni a su Rey. Así lo saben todos los habitantes de Samca-Saraña. Ella debería enaltecer tu Corte: quítasela.

Celoso de todo lo escuchado el Jefe de Hombres mandó al Primer Consejero que con pretexto de consultar al Solitario, viese y oyese lo que sucedía en Samca-Saraña. El Consejero regresó después de unos días informando al Soberano: “la finca es muy grande. Un labrador refirió que cuando visitabas a Huyustus apenas quedabas en la residencia pero que no recorrías sus vastos bosques y llanuras que guardan riquezas incalculables. Otro labriego que estuvo en la ciudad dice que los jardines de tu Palacio son inferiores a los del Solitario. También que tus fincas de recreo carecen del esplendor natural de Samca-Saraña.” Y agregaba el tentador consejo: “Deberías convertirla en propiedad real de recreo.”

El Jefe de Hombres luchaba entre dos sentimientos adversos: uno era de afecto y gratitud al varón ejemplar a quien debía acertados consejos; y otro el de envidia por su prestigio creciente en el pueblo. También lo roía cierto temor: ¿si fuera cierto que conspiraba y pudiese atentar contra autoridad?

Confióse al Sumo Sacerdote:

—¿Qué piensas de Huyustus’

—Es peligroso —repuso el interrogado. Tú mandas en los cuerpos, él capitanea las almas.

—¿Crees las cosas que se dicen respecto a su ambición?

—La virtud y el desprendimiento suelen ser manto de iniquidad. No me consta lo que afirman, pero cuando los rumores se multiplican algo habrá...

—¿Cómo podría saberlo que hay de verdad respecto al Elegido?

—Esta sola palabra demuestra que su corazón alberga una grande ambición.

—Ese nombre se lo puso el pueblo...

—Al aceptarlo se engrandeció a sí mismo.

El Rey vacilaba. Su desconfianza era mucha. Además, con los años, sus recelos crecían y su soberbia también: ¿cómo podría existir otro elegido que no fuera el propio soberano? Huyustus era tenido por varón sabio, intocable; ¿qué poder era el suyo si no podía atajar la fama de uno de sus súbditos? Recordando la faz apacible del Solitario, sus palabras prudentes, la nobleza de su conducta se inclinaba a desechar los rumores en su contra; pero luego volvían la desconfianza y la envidia: podía ser un conspirador disimulado y la fama de Huyustus cubrir la del Jefe de Hombres. Tentó al Primer Consejero con la pregunta final:

—Dí tu consejo, Consejero.

El Primer Consejero se estremeció de gozo al ver que el Rey abría camino a sus planes:

—Señor, somételo a juicio. Que declaren los que conocen sus proyectos siniestros para reemplazarte en el trono y la vida oculta de poderío que lo rodea.

El Jefe de Hombres aceptó la idea: el Elegido sería sometido a juicio y debería responder por los cargos que se le hicieran. Si resultaban muchos los acusadores habría motivo para condenarlo. Al fin y al cabo —dijose— la voz del pueblo nunca engaña: si muchos lo defienden será absuelto, si mucho lo acusan recibirá el condigno castigo.

Resolvióse convocar al Consejo de Nobles y designar al tribunal compuesto además por el Sumo Sacerdote y los Tres Consejeros para juzgar a Huyustus.

Los dos generales no amaban al Solitario por su aureola de grandeza. Le atribuían muchas de las medidas adoptadas por el Monarca contra ellos. Temían su ascendiente en el ánimo del Soberano. Ambos se apresuraron a congratular al Jefe de Hombres por la decisión adoptada. “El ejército —le dijeron— no reconoce más poder que el tuyo. Ese varón retirado en su finca divide los corazones.”

Nakhi-Kara, a su turno, deslizaba más rencor en los oídos de soberano. Enseñó a sus doncellas que al acercarse el Rey fingieran diálogos contra el Solitario que el Soberano recogió aumentando sus dudas.

Así el hombre antes amado, respetado y admirado por todos pasó a ser, por la confabulación de los rumores adversos, el ser peligroso, repudiado, que la mayoría evitaba.

Ya nadie se atrevía a referirse al Elegido: “el hombre de Samca-Saraña —decían— no está exento de error: quiere alzarse contra el Rey.”

A la finca del Solitario no llegaron los rumores de la Corte. Huyustus proseguía su vida plácida con los discípulos amados.

### TERCER TIEMPO

Narra el Coro la desdicha final del Elegido. Quién gozó de suma paz y equilibrio interno, el que escaló gradualmente todo los escalones de la virtud debe expiar su grandeza en el dolor. Porque la mucha luz proyecta una sombra invisible que tarde o temprano debe revelarse. Y si uno es deslumbrante espejo para muchos, no tardan éstos en quebrar la limpidez de su imagen. No hay felicidad permanente ni fama incólume. Aún el ser más famoso se redondea en la desventura que persiguen a los mortales. El que busca el reposo y el que ama el peligro padecerán pesadumbre igualmente. El incendio de los actos alterna con el sosiego de las ideas. Nadie aspire a centro solar si somos centellas mínimas. A más grande ascenso corresponde caída más profunda. Cébase el rayo en las cumbres enhiestas y en los árboles insignes. Crezca el renombre de Huyustus por la mucha virtud de su vida y el largo padecer de su caída. Así sea.

\* \* \*

La noticia sorprendió a todos en Samca-Saraña: el Rey llamaba a juicio al Solitario que debía comparecer de inmediato a la Corte.

—Es absurdo —dijo Kollana. Nadie puede juzgar al Inmaculado.

—Debe tratarse de un error —añadía Lirpu-Nayra.

Pankara estalló enfurecido:

—Maestro: no permitiremos la ofensa. Yo mataré al acusador y enrostraré al Rey su atrevimiento. Han violado la santidad de nuestro retiro.

Huyustus, inalterado, callaba.

—Huyamos a la impenetrable alta cordillera, que linda con finca, allí nadie nos encontrará.

El Elegido sonrió con tristeza:

—No —repuso — la ley debe cumplirse por todos. El Soberano tiene derecho para llamar a juicio a cualquiera.

—Pero tú no eres cualquiera, Señor —prorrumpió Kollana.

Huyustus contestó dignamente:

—Sólo soy un hombre. Ustedes me acrecientan por el fervor de la amistad. Para el mundo no hay sino personas vulgares.

Como los discípulos insistieron proponiendo planes de fuga y escondite, el Solitario los reflexionó:

—Si en nada malo incurrí ¿por qué habría de huir?

Lirpu-Nayra saltó vehemente:

—Conoces la maldad que reina en la Corte. Podrían acusarte injustamente y más injustamente condenarte...

—No es de temer —dijo el Elegido. Recuerdan que más de una vez el acusado fue absuelto. Confío en la probidad de los Nobles.

—¿Por qué te sometes al destino? —inquirió Pankara.

—El destino me tienen ya señalado, toda rebeldía sería inútil.

—¿Crees que volveremos a Samca-Saraña? —preguntó Kollana.

—Tengo que ir solo, así lo manda el Soberano. No volveré a la Morada Escogida peronada malo me ocurrirá.

—¿Y si te condenan a muerte por falsa acusación? —dijo Lirpu-Nayra.

—Les tengo enseñado no temer a la muerte que es sólo un tránsito en la ronda de las transmigraciones. Vivir, morir son fases de un mismo fenómeno. A veces lo que juzgamos un castigo es una liberación: y a la inversa.

Porfiaron los discípulos por evitar la partida del Elegido sin lograr vencer su decisión. Debía ir a la Corte y someterse al juicio de los Nobles.

Arguyeron todavía los jóvenes que el juicio sería parcial puesto que no dejarían escuchar la defensa de los discípulos.

—Tal vez —respondió lacónicamente el Justo.

Lo hizo arrodillarse, trazó signos misteriosos sobre sus cabezas y luego con voz reposada se despidió de ellos:

—No temáis, no sufráis por mí —díjoles— Lo que está escrito debe suceder. Estaré siempre entre vosotros. Os hablaré en la lengua muda y majestuosa de la montaña, en el habla violenta del viento que sacuda los altos álamos, en el vuelo de los pájaros, al estallar las rosas matinales, acaso en la ternura con que se os acercan los niños y los animales, y hasta en la inmóvil paciencia de las piedras. “Samca-Saraña” seguirá siendo la morada de mi espíritu y sus tres estancias principales vuestros tres corazones.

Pugnado por retener las lágrimas porque la sabiduría manda frenar el sentimiento en los grandes trances decisivos, Kollana, Pankara y Lirpu-Nayra vieron partir al Maestro montado en su borriquillo gris.

Por el camino muchos lo saludaban con respeto conocedores de su fama; otros, aleccionados por los rumores de la Corte, le volvían la espalda o rehuían saludarlo.

Huyustus seguía su marcha imperturbable, afable con todos. Y durante el recorrido reflexionaba sobre su destino. Señor de sí mismo no conoció otra voluntad que del Maestro Interior. Despojándose de las galas y mentiras del mundo disfrutó las delicias de un pasar honesto y sencillo. El bien y la naturaleza fueron sus guías. Tuvo tres discípulos fieles. La sabiduría encantó sus días y la meditación la hora vespertina. Aprendió el alfabeto de las estrellas, la doble clave del sol y de las lluvias. Reverenció al Poder Oculto que todo lo mueve y escaló a la seducción del Maligno que lo enreda todo. Supo concertar a los hombres y enseñarles a resolver sus problemas. Había sido Consejero de reyes. Creía firmemente en la ultravida y en las transmigraciones, por eso no temía al padecer actual. ¿Pero padecía verdaderamente Huyustus, varón íntegro? Si, padecía por los demás, por el destino de sus seres amados, por los animales y

las plantas tratados desconsideradamente. “Eres un Iluminado” —habíale dicho un monje errante de gran sabiduría. Tu dicha es perfecta, estás en armonía contigo mismo y con el mundo; sólo te falta sentir el peso de la rueda expiatoria del dolor.” El Solitario presentía lo que le aguardaba en la Corte: todos contra uno porque en el fondo a nadie le agrada que uno solo se eleve en grandeza de alma y en serenidad de espíritu sobre los demás.

Sin habersele propuesto en común entendimiento, en la Corte todos participaban en la gran confabulación contra el Elegido: ¿por qué siempre Huyustus, el intocado? Envidias gratuitas preparaban el terreno de su caída. Wayna por celos, los tres Consejeros por ambición, el Sumo Sacerdote para ganar la confianza del Monarca, Willka y Huanca para sustituir el Poder persuasivo de la palabra por la fuerza militar, Nakhi-Kara sabiendo que, culpable, no podría mirar de frente al varón venerable. Y muchos dignatarios y nobles que durante años tuvieron que soportar la presencia del Elegido y la soberanía de su voz. A todos les disgustaba la existencia de Huyustus, su influencia no buscaba pero siempre solicitada por el Soberano.

Primer signo adverso: el Jefe de Hombres se negó a recibirlo. Temía el influjo de sus palabras. “Que se presente mañana al Gran Consejo de Nobles” —mandó decir.

Huyustus pasó la noche en vela meditando en su extraño destino. Consejero de reyes, aliviador de cuitados, formador de almas ahora debía conocer el desquite de los inferiores. Nada tenía que reprocharse pero adivinaba el poder destructor de la maldad que aniquila la armonía de las vidas. No tenía temor ni esperaba piedad, imaginando los mil embustes que circularían en contra suya; ¿cuándo los dioses quieren perder a los hombres no los sumen en el torrente de las calumnias?

Alzó los ojos al cielo: una estrella de luz verde destellaba en lo alto. Próxima a ella otra emitía resplandores rojizos de su volumen cobrizo. Apareció una nube y escondió a la estrella esmeraldina intensificando el brillo de la otra. “Un presagio” —pensó Huyustus que sabía leer el alfabeto de las estrellas.

Había ascendido muy alto. La naturaleza y los dioses son celosos. Era justo que le llegara el turno de caer.

“Creo haber procedido bien —reflexionó. Si me transportan a las Regiones Desconocidas nada hay que temer; si vuelvo al mundo aceptaré la reencarnación que me sea asignada.” Una sonrisa le cruzó el rostro: “si supieran mis juegos que no podrán alterar mi equilibrio interior. Seguiré siendo Huyustus, el Imperturbable.”

Tampoco varios de sus perseguidores durmieron urdiendo mil enredos y falsas acusaciones para precipitar su descenso.

Prodújose en el Jefe de Hombres la mudanza que frecuentemente ocurre en los poderosos: el amor y la admiración se trocaron en odio y rencor. ¿Por qué durante tantas lunas Huyustus lo tuvo embrujado con sus artes mágicas? El, siempre El, adivinando, profetizando, dando solución a todo problema como si no existiera el Monarca. En verdad lo había soportado mucho tiempo y los denunciadores tenían razón: el Elegido usurpaba la grandeza del Soberano, le hacía sombra, su fama pervertía al pueblo que creía tener dos Señores. Sí: Huyustus debía ser condenado al abismo.

El favorito pasó a convertirse en el enemigo.

Al ingresar a la gran sala de audiencia toda ella de piedra de basalto, un noble dijo a otro al ver pasar a Huyustus:

—Mira la arrogancia de su presencia. Es un soberbio.

—No —contestó otro noble— es su porte natural. La soberbia la lleva por dentro. Se cree infalible.

Los que lo conocían se estremecieron al ver ingresar al Solitario. Era el varón justo ¿cómo podía ser juzgado el varón justo? Muchos favorecidos por sus consejos lamentaron el caso pero sabiendo que concitaba la aversión del Rey no se atrevieron a manifestarle simpatía. Otros, los perversos y envidiosos, se alegraron de su infortunio. Antes de escuchar la voz del Avisador, Huyustus auscultó a los circunstancias: estaba solo, nadie se atrevería a defenderlo. ¿Pero requería en verdad defensa si ya lo tenía condenado la malquerencia del Soberano? La voz sonora del Avisador lo sacó de sus reflexiones.

—Se instala la audiencia para juzgar a Huyustus, el hombre de Samca-Saraña.

—¿De qué se lo acusa? —preguntó el Consejo de los Nobles.

—De múltiples crímenes. Ha querido crearse por sí solo un poder tan grande como el de nuestro Rey. Ha embrujado a muchos. Sedujo a otros. Organizó una legión de jóvenes con fines aviesos de rebelión para apoderarse del trono. Es soberbio y se piensa superior a todos. Engañó a los siervos de su finca dejándolos en plena libertad, cuando se sabe que todo hombre o mujer están sujetos a la autoridad real. Desconoció a los dioses sosteniendo que sólo obedece a un dios que vive dentro de él: blasfemia. Corrompió a la juventud predicando que pensar es mejor que obrar. Desprecia al pueblo porque se rodea de escogidos y sólo habla con la gente elevada. Es brujo, se pasea por el pasado y el futuro como si fuera de día. Habla con las piedras y con las estrellas. Con malas artes cautivó a la doncella Samara que pena por él. Se siente superior a todos y dice que sólo obedece a la Señora Naturaleza.

El Rey, adusto, presidiendo el Consejo de Nobles ordenó:

—Fundamenten los acusadores sus cargos.

Se adelantó el Primer Consejero y dijo:

—Señor: he visto como vive. Con tonos suaves cree tener más poder que el Jefe de Hombres. Habla poco y todos le obedecen. Es un peligro para ti.

El Segundo Consejero agregaba:

—Es un intrigante: ha interesado a varios nobles en la tarea de sembrar desconfianza. Crítica tus actos y las costumbres de la Corte. Es un peligro para ti.

A su turno el Tercer Consejero expresó:

—Prepara una gran subversión a base de elementos jóvenes que ha adiestrado para la lucha en Samca-Saraña. Es un peligro para ti.

El Jefe de Hombres con un ademán de la diestra suspendió el testimonio de los acusadores y dirigiéndose a Huyustus preguntó:

—¿No quieres defenderte? Bien sabes que la ley te concede el derecho de rebatir parcialmente, conforme avanza el juicio, a tus acusadores.

El Elegido repuso con serenidad:

—Se defienden los culpables. De nada tengo que acusarme.

“¡Soberbia, soberbia!” —gritaron varias voces de la muchedumbre.” Es un “layka”, un brujo, se cree por encima de todos.”

Otro gesto del Soberano y se reanudaron las acusaciones.

Entonces el Sumo Sacerdote, el más alto dignatario, confuso el rostro, entrecortada la voz, sabiendo que mentía sentenciaba:

—Es malo... Todo lo que hace lo rodea de misterio... Sus palabras siempre envuelven doble sentido... Cuando me mandabas a pedirle consejo nunca sabía cuál era el fondo de su pensamiento porque me respondía en lenguaje enigmático... Sus discípulos a quienes prohibió venir aquí transcurrían como embrujados por su influencia... Escuché diversos rumores en sentido de que azuza contra el mando y contra las costumbres... Su falsedad se esconde detrás de una apariencia de bondad. Es un peligro para ti.

Nadie defendió al Solitario. Al término de la audiencia el Rey ordenó que Huyustus fuese sometido a prisión. “Le daré una oportunidad más” —pensó creyéndose a salvo de injusticia. Y señaló la segunda audiencia para la luna nueva, mandando pregonar que todos podían acudir a la Corte para acusar o defender al Elegido.

En su estrecha celda, sin poder recibir visitas, Huyustus reflexionaba sobre su destino final. Nadie vendría a deponer en su favor: la intriga cortesana estaba bien montada, los testigos pagados o atemorizados por la conjuración de los Nobles, y el Soberano predispuesto en contra suya,” ¿Qué mal le hice yo? Me limité a dar consejos con probidad, la prueba es que ninguna de mis advertencias le causó contrariedades. No puedo creer lo que se afirma, que me envidia Samca-Saraña... Las acusaciones de subversión son absurdas: jamás tuve ambiciones de poder. El ha cambiado, el poder lo ha tornado en déspota. No quiere que nadie le haga sombra, necesita deshacerse de todo ser que amenace su poderío incontrastable; ¿pero qué amenaza podía temer de mi parte si vivo en un retiro digno sin pretender influir en nadie?” Sus riquezas no eran muchas, Samca-Saraña pertenecía más a sus colonos. La casa era amplia y sencilla, verdad que los jardines y el bosquecillo crecidos naturalmente excedían a las arboledas del Palacio: ¿o sería que el Jefe de Hombres codiciaba su propiedad? Bastaba que lo expresara para que se la cediera ya lo había hecho. Sus discípulos, nobles de alma no de origen, plebeyos modestos nos servirían al Rey ni como guerreros ni como altos dignatarios. El hecho de que algunas gentes, en forma espaciada, le pidieran consejo, no podía ser motivo de celos porque eran visitantes humildes que planteaban cosas mínimas sin ninguna relación con el Soberano ni con la Corte.” En estricto juicio objetivo el Jefe de Hombres nada tenía que envidiarle: lo tenía todo y Huyustus poco. De pronto un rayo lo iluminó: la personalidad, esa fuerza carismática que llega sin saber cómo y se distribuye al antojo de los dioses. El Soberano infundía respeto, temor, admiración por su poder y su boato, pero no podía sembrar amor ni veneración. Desfilaba con sus nobles y sus escuadrones despertando sorpresa en todos, mas en los ojos de la multitud no se advertía el afecto que despertaba el paso del Elegido. Eso, era eso: la jerarquía ideal que le otorgaba el pueblo. Lo llamaban el Elegido y el Jefe de Hombres le envidiaba nombre y fama. Además la sombra del favorito, del siempre consultado, se proyecta torva sobre el prestigio del Rey que llega a cansarse de esa fuerza tranquila que influye en sus decisiones.

Huyustus no se hacía ilusiones: se sabía condenado de antemano, sería vencido por la confabulación de envidiosos y malquerientes. ¿Y qué importaba morir? El cielo de las reencarnaciones debe cumplirse; acaso, en otras vidas, fue un ser poderoso, injusto, y ahora debía expiar una grandeza pasada. La vida que se pierde puede ser mejorada en la vida que renace.

Una noche en la cual Huyustus meditaba por qué una vida como la suya, sin mácula de grandes errores, iba a terminar en forma infamante como víctima del odio político, sintió un ligero roce en el techo de paja. Aguzó el oído, el ruido continuaba. De pronto se abrió un boquete y saltó a la celda Kollana. Solo los alumbraba el pálido resplandor de una antorcha algo distante.

—¡Maestro! —dijo el discípulo— ¿qué suerte aciaga pudo traeros a la condición de prisionero del Rey?

El Solitario sonrió con tristeza:

—Nadie sabe lo que disponen los dioses. El alma más libre puede terminar en cautiverio.

—¡Eso nunca! Lirpu-Nayra y Pankara han inutilizado a los dos centinelas. Traigo una gruesa sogá y por ella saldréis de este recinto. La noche protegerá nuestra huída.

Huyustus replicó:

—No huiré. Os enseñé a respetar la ley y la ley quiere juzgarme. Debo aguardar su veredicto.

—Pero, Señor: todos saben que seréis condenado a perecer.

—Pueden destruir mi cuerpo, no mi alma y ella me manda no temer a la muerte ni al destino.

Kollana rogó largamente al Elegido que desistiera de su propósito sin poder torcer su voluntad. Al ver la inutilidad de sus esfuerzos preguntaba ansioso:

¿Qué debemos hacer, cual es vuestro mensaje?

—Volved a Samca-Saraña. Viajo en el tiempo y veo que el Soberano arrepentido de la injusticia que comete conmigo respetará el santuario de virtud y os honrará como a mis sucesores, mas evitad los contactos con la Corte: son dañinos. Proseguid la vida natural, serena, meditativa que os enseñé y vuestra fama crecerá como la Luna cuando asoma detrás del Monte Insigne.

—¿Es vuestra decisión final, Maestro?

—Mi ciclo se está cerrando; el vuestro apenas se ha iniciado. No deben juntarse.

Kollana se arrodilló, el Solitario puso las manos sobre la cabeza y profirió las palabras sacramentales:

—Que los Poderes Ocultos os protejan y los otros, los Malignos, se alejen de vuestro camino. Así sea por muchos soles y benéficas lunas.

En la segunda audiencia dos o tres nobles ensayaron tímidamente decir algo a favor del Elegido, pero las miradas iracundas y los gestos amenazadores de la mayoría los obligaron a callar.

Prosiguieron las deposiciones adversas y abultadas contra el Solitario: pervertía a los jóvenes, se alzaba contra el Soberano, instigaba a los conspiradores, se creía el mejor entre los mejores, su soberbia no reconocía límites, guardaba grandes riquezas en los bosques de Samca-Saraña, abusaba de las doncellas y vertía el zumo del descontento en las almas maduras.

Oyóse un tumulto afuera y un guerrero hosco entró a la sala:

—Señor: una mujer quiere entrar a la fuerza interrumpiendo la audiencia.

—Dejadla pasar —ordenó el Rey.

Abriéndose paso entre la muchedumbre Samara avanzó espléndida de belleza despertando un murmullo de admiración.

—Quiero declarar lo que sé de Huyustus —dijo con voz firme.

A continuación exponía:

—Es el mejor de los hombres. Su vida transcurre en santidad y armonía. Jamás se le vió encolerizado, nunca habló mal de nadie. Es un sembrador de bondad. Vive en humildad y castidad. ¿Por qué no se deja hablar a sus tres discípulos favoritos? Ellos corroborarían la verdad

de mis palabras. Mis padres dicen que se le llama el Elegido porque es modelo de buena conducta. Todos los que vivimos cerca de su persona podemos atestiguar que se trata de un varón superior, desasido del mundo y de sus pompas...

El Soberano no había desprendido los ojos de Samara cuya hermosura lo cautivó. Fue entonces que se le aproximó el Primer Consejero y en voz baja musitó estas pérfidas palabras:

—Es la amante de Huyustus. Si lo condenamos podrá ser tuya.

Los celos entraron al corazón del Rey ya mal dispuesto contra el Solitario.

Samara proseguía su declaración:

—Jamás le oímos palabra airada ni le vimos actitud destemplada. Es bueno como las aves del bosque, recto como un árbol, claro como agua del manantial. Su palabra es de verdad, sus acciones miran al bien de todos. Todas las acusaciones en su contra son falsas: Yo ví cómo se desliza su vida calma y digna en los campos de Samca-Saraña.

—¡Hacedla callar! —irrumpió con violencia el Tercer Consejero—. Está mintiendo.

Bruscamente se alzó una voz solitaria:

—Es su querida, su testimonio carece de validez.

Huyustus hizo un signo con la mano para que se le dejara hablar:

—No manchéis con vuestra infamia a la doncella. Ella es pura, limpia de pecado. Podéis condenarme sin necesidad de cometer injusticia contra un ser inocente.

Las gentes que vacilaban entre creer a los acusadores o a la doncella se miraban irresolutas.

Tocóle hablar al Segundo Consejero:

—Está defendiendo a su amante. Es un pérfido, no le creáis.

A continuación el Sumo Sacerdote añadía:

—Samara ha sido embrujada por el Solitario. Sus palabras no deber ser escuchadas. El hombre de Samca-Saraña es un embaucador, engaña a quienes lo frecuentan.

El Rey hizo un signo poniendo término a la segunda audiencia: la sentencia se dictará al siguiente día.

La tercera audiencia transcurrió en la misma forma que las dos anteriores: todos los testimonios se producían acusando al Solitario por delitos no cometidos, y los tímidos intentos para defenderlo eran apagados prestamente por una mayoría casi unánime que exigía su castigo.

Poco antes que el Rey diese la señal de haber terminado los debates para entrar a dictar sentencia, el Sumo Sacerdote virtió en sus oídos maligna insinuación:

—Haz comparecer al doncel Wayna. Siempre andaba rondando por Samca-Saraña. Debe conocer las costumbres del lugar y de su dueño.

Hízolo así el Soberano. Wayna no era un sujeto malo, pero los celos pudieron en él más que la verdad. Creyendo que desaparecido el Elegido la doncella sería suya, no vaciló en inventar:

—Samara ha sido embrujada por el gran “Layka” —exclamó. No sólo lo ama, lo adora; se echaría al fuego por salvarlo. Es un hombre peligroso, habla con las nubes y con las piedras. Tiene pacto con los Poderes Oscuros: le ví detener una tempestad con un signo de la mano y otra vez suscitar un clamoreo en una multitud tranquila con sólo decir una palabra.

El Consejero de Nobles — en ese tiempo no cabía el cambio previo de pareceres — comenzó a votar directamente la sentencia: culpable, culpable, culpable... A uno que vaciló antes de emitir opinión el Rey lo miró tan severamente que se apresuró a decir: culpable.

Huyustus debía morir lapidado por los honderos del Rey.

Le fue permitido despedirse de los discípulos amados.

—Padre —díjole Lirpu-Nayra— la vida se oscurecerá sin tu presencia. ¿Quién ha de guiar nuestros pasos?

—Uno de vosotros guiará a los demás. Perseguid siempre la verdad y la justicia.

—Señor —adujo Pankara— ciegos quedarán nuestros ojos, torpes los oídos sin tu figura y sin tu voz. ¿Cómo podremos subsistir en el inmenso vacío de tu ausencia?

—El dolor fortalecerá vuestros corazones. Habéis amado, habéis gozado de la vida virtuosa y plácida; ahora os toca padecer. Todo lo que sucede está escrito.

—Maestro —preguntó Kollana— no puedo entender por qué esta cruel separación; ¿volveremos a encontrarnos?

—“Upa-Marka”, es el País del Silencio del que nadie regresa, es un enigma para los que quedan, pero es también el nuevo sol para los que se van. Volveremos a juntarnos, no se sabe si iguales o distintos pero el río que une las almas buenas es inextinguible. Os estaré esperando y en cierta manera siempre estaré a vuestro lado velando por vosotros.

—Padre —dijo Pankara— ¿Por qué se os ha condenado a muerte tan cruel? Las piedras de los honderos van a destrozarse vuestro cuerpo venerable.

—No haya pena. Antes que llegue la primera piedra mi espíritu habrá volado al País Desconocido.

La víspera de ejecutarse la sentencia el Jefe de Hombres se vió asaltado por sentimientos contradictorios: amaba y rechazaba al Solitario. Recordó su inmensa sabiduría, sus consejos acertados, las ocasiones memorables en las cuales a su influjo se resolvieron difíciles problemas. En el otro platillo de la balanza concienzuda puso el asombro prestigio de su figura y su palabra, las acusaciones de los nobles, la posibilidad de que fuese un conspirador, la posesión de Samca-Saraña más hermosa que el Palacio Real. ¿Debía perdonar, podría confinarlo a la soledad del bosque, o haría cumplir la sentencia? Vaciló largamente: el Elegido ¿era realmente un peligro o un genio benéfico para el reino? Al fin prevalecieron dos hechos en su espíritu: la fama de Huyustus oscurecía su propia fama y Samara era un motivo más para desear su desaparición.

Cuando los primeros resplandores cárdenos del Astro teñían el horizonte, ordenó que se cumpla la sentencia: el Solitario debía perecer lapidado por los honderos reales.

Pero el Jefe de Hombres, valeroso y cruel habituado a contemplar la muerte de muchos no quiso asistir al suplicio de Huyustus. Perseguido todavía por la duda y los remordimientos se encerró en su torre y prohibió ser llamado antes que el Padre Sol se hundiera en el confín.

En la vasta explanada del Palacio el pueblo se acumuló para contemplar la caída del Elegido. Honderos, lanceros y porristas alineados en compactos escuadrones contorneaban el

recinto. Los generales altivos, impasibles, la tropa conmovida, húmedos muchos ojos. Las mujeres y los niños lloraban silenciosos.

Cuando el sol remontaba sobre las montañas, apareció el Solitario con paso lento y majestuoso. Su túnica blanca resaltaba entre los escudos multicolores de sus verdugos: tres escuadras de honderos cerca del tinglado donde se cumpliría la sentencia. Alto, sereno, rodeado la cabeza por un halo de bondad, irradiando los ojos oscuros mansedumbre, Huyustus no vaciló en entrar al círculo del suplicio. Dirigiéndose al pueblo dijo estas palabras finales:

—Haya paz entre vosotros. Que nadie se levante contra los designios del Rey y del Consejo de Nobles. Lo que fue decretado por los Poderes Ocultos debe cumplirse. Huyustus os amará aquí y en el País Desconocido.

Rasgó el aire la primera piedra del hondero y dio en el costado del Elegido. A la tercera brotó sangre del rostro venerable. Después llovieron centenares de piedras sobre Huyustus pero el cuerpo no caía, alto y tranquilo como los árboles inmemoriales. Furioso el Jefe de los honderos ordenó arreciar el ataque, cayeron las piedras sobre la víctima pero éste permanecía de pie como si las piedras fuesen sólo bolitas de granizo. Una tercera ofensiva numerosa de los victimadores tampoco pudo derribar al Solitario. La sangre enrojeció la túnica blanca, veíase el cuerpo magullado, todos esperaban el derrumbe del cuerpo atrozmente destrozado. Pero el cuerpo no caía

Cuando el Jefe de los honderos se acercó a su víctima y la tocó con un dedo el cuerpo se desplomó no sin que antes se estremeciera de espanto: aunque docenas de piedras habían dado en la cara magnífica, ésta no ostentaba huella de haber sido maltratada y los ojos parecían mirarle con calor de cosa viva.

Conforme a las prácticas rituales el cuerpo fue embalsamado y llevado al Templo del Sol y de la Luna. Millares de gentes nobles y plebeyos desfilaron ante los restos del Solitario; hasta alguno de sus acusadores tuvo el cinismo de hacerlo. Los restos, velados tres días por la muchedumbre, debían ser trasladados a su residencia definitiva, el panteón de granito donde se le tenía reservado un modesto lugar.

Una inmensa multitud contemplaba la escena de la despedida a Huyustus. Las tropas impedían acercarse al tumulto funerario. Súbitamente una voz gritó con fuerza:

—¡Ha muerto el Elegido! No se lo llevarán.

Y la multitud respondió a coro:

—¡No se lo llevarán!

Prodújose un tumulto que degeneró en tormenta general. Las tropas fueron arrolladas por la muchedumbre que invocaba el nombre de Huyustus. Actuaron piedras, porras, escudos pero el ímpetu de la multitud fue tal que desarmaron a los soldados, pusieron en fuga a otros y cogiendo en hombros el cuerpo embalsamado de Solitario se lo robaron para esconderlo en lo más profundo del bosque de Samca-Saraña.

Los mocetones fornidos que condujeron a pie los restos contaron después, a sus familiares, que al llegar al bosque ocurrieron dos prodigios: primero en el día calmo cayó un rayo seco que estremeció el mundo, sin lluvia, sin truenos, sin viento. Fue —decían— algo pavoroso que hizo escapar a muchos pero los más valientes sepultaron los restos del Elegido en el profundo bosque. Y agregaron que cuando el nicho fue tapiado, un penetrante aroma de jazmines heliotropo se difundió por el ambiente.

El Jefe de Hombres encolerizado por el robo del cadáver de Huyustus ordenó su búsqueda pero jamás fue hallado. El bosque guardó los restos del Elegido sin revelar su presencia.

Tres días y tres noches guardó el Rey soledad y ayuno sin querer ver a nadie. Al cabo de ellos salió adusto, entristecido, perdidos el antiguo coraje y la confianza en si mismo. Sobrevivió algunas Lunas al Solitario alejándose paulatinamente del pueblo. Lo mucho bueno de su reinado fue aventado por el recuerdo de sus últimos años en los cuales extremó su crueldad y la injusticia de sus actos. Los tres Consejeros y el Sumo Sacerdote perecieron de muerte violenta.

Pasaron ciclos de ciclos lunares. En el País de Altura la memoria del Soberano de la época del Elegido se va debilitando. Huyustus, empero, reina en los corazones supremo territorio del amor.

Dicen que su figura venerable, alta y silenciosa, suele aparecer a los justos y a los oprimidos en los supremos trances de sus vidas. Alivia sus males, conforta en sus penas, abre un horizonte de esperanza a las almas nobles.

Porque Huyustus es también ese ideal de verdad y de justicia que cruza el imperio de las almas.

Es el Maestro Interior que jamás abandona a los creyentes.

Es una prefiguración anticipada del Cristo, muchísimas Lunas antes de que naciera el Niño-Dios del pesebre de Belén.

Es el remoto Señor de Bondad y Rectitud que volverá en los tiempos que aún no han sido.

Huyustus el Solitario, el Elegido, el mártir de toda majestad verdadera que expía su grandeza en los surcos del dolor.

Huyustus: hermano de Thunupa y de Nayjama con quienes forma la trinidad de los personajes ideales del Ande.

Huyustus: profeta y sabio, consejero de soberanos, guía de muchedumbres, eterna presencia de inmortal memoria. Segador del duro presente, anunciador de un futuro mejor.

La presente Primera Edición Electrónica de "HUYUSTUS"  
es propiedad del Editor Rolando Díez de Medina, © 2005  
La Paz –Bolivia.

[Inicio](#)